

EL ALBA DE MESOAMÉRICA*

John E. Clark^a

Resumen

Este artículo trata acerca de los inicios de la civilización en Mesoamérica, es decir, los orígenes de la complejidad social, las desigualdades hereditarias institucionalizadas, las sociedades diferenciadas por rangos y las jefaturas durante el Periodo Formativo Temprano (c. 1900-100 a. C.). Antes de que se puedan discernir los procesos de evolución sociopolítica, primero es necesario identificar ejemplos concretos de sociedades, y sus atributos correspondientes, que experimentaron esa transformación. Aquí se resaltan los datos de seis casos del cambio de sociedades igualitarias a jefaturas de Mesoamérica: cuatro de tierras bajas tropicales (Paso de la Amada, San Lorenzo, Puerto Escondido y Cahal Pech) y dos de la sierra de México (Tlapacoya y San José Mogote).

Palabras clave: jefaturas, civilización, Mesoamérica, jefes, Estados, reyes, Periodo Formativo, Paso de La Amada, San Lorenzo, Puerto Escondido, Cahal Pech, Tlapacoya, San José Mogote, mokayas, olmecas, zapotecas, mayas, Honduras, Oaxaca, México, Veracruz, Belice

Abstract

THE CHIEFLY PRELUDE TO MESOAMÉRICA

This article explores the beginnings of Mesoamerican civilization (meaning the origins of institutionalized, hereditary inequality, rank societies, and chiefdoms) during the Early Formative period (1900-100 BC). Before one can identify the processes of socio-political evolution it is first necessary to identify concrete examples of societies, and their attributes, which underwent this transformation. I outline data for six Mesoamerican cases of the shift from egalitarian societies to chiefdoms. Four of them are from the Tropical lowlands (Paso de la Amada, San Lorenzo, Puerto Escondido, and Cahal Pech), and two are from the Mexican Highlands (Tlapacoya and San José Mogote).

Keywords: chiefdoms, civilization, Mesoamerica, chiefs, States, kings, Formativ period, Paso de la Amada, San Lorenzo, Puerto Escondido, Cahal Pech, Tlapacoya, San José Mogote, Mokayas, Olmecas, Zapotecas, Mayas, Honduras, Oaxaca, México, Veracruz, Belize

1. Introducción

Las narraciones, tanto antiguas como modernas, acerca de los orígenes de la civilización mesoamericana atribuyen su surgimiento a la consolidación del poder en manos de unos pocos individuos a expensas de la gran mayoría. La concentración del poder y la complejidad social van de la mano. Según su propio relato, los mexicas comenzaron como humildes nómadas que deambulaban por el valle de México y, en solo dos siglos, llegaron a controlar el imperio más extenso del norte de América. Las teorías evolucionistas palidecen en comparación con esto, pero se basan en las mismas ideas de progreso: el poder y la complejidad estatales se desarrollan a partir del igualitarismo itinerante, si bien pasan por un episodio intermedio caracterizado por la presencia de jefaturas. En este trabajo se considerará la etapa de las jefaturas en el desarrollo

* Traducción del inglés al castellano: Lynneth S. Lowe

^a Brigham Young University, Department of Anthropology.
Dirección postal: 876 SWKT, Provo UT 84602-5522, Utah, Estados Unidos
Correo electrónico: john_clark@byu.edu

de la complejidad social al interior de seis sociedades del Periodo Formativo Temprano de la macroárea que, posteriormente, se convertiría en Mesoamérica.

William Sanders y Barbara Price (1968) formularon la propuesta inicial de considerar a las jefaturas como las precursoras directas de la civilización mesoamericana. Ellos argumentaban que la transición de tribus a jefaturas ocurrió de forma relativamente rápida. Desde su punto de vista, el surgimiento de las jefaturas y los Estados posteriores fue el resultado de un proceso ecológico promovido por el crecimiento poblacional, la competencia y la cooperación en ambientes caracterizados por la distribución desigual de recursos (Sanders y Price 1968: 128). Además, plantearon que los olmecas de San Lorenzo, en el sur de Veracruz, México, crearon la primera jefatura (1968: 117). Las investigaciones posteriores contradicen tal propuesta. Los olmecas de San Lorenzo crearon el Estado más temprano en Mesoamérica (Clark 2007), por lo que los orígenes de las jefaturas deben buscarse en tiempos preolmecas. Numerosos investigadores mantienen aún el paradigma de la ecología cultural presentado por Sanders y Price para explicar la evolución de la complejidad social y política en esta área, pero este no permite esclarecer la evolución de las jefaturas. Los motivos que se encuentran detrás del fracaso de dicho paradigma todavía afectan a la mayoría de las nuevas explicaciones como, por ejemplo, la identificación incorrecta de las primeras jefaturas y sus antecedentes locales. Estos errores se deben, en gran medida, a deficiencias en la información que todavía obstaculizan la identificación de los primeros cacicazgos y sus causas. No se ha identificado una causa universal para el surgimiento de las jefaturas en Protomesoamérica. Más bien, parece ser que cada una de ellas debe ser explicada por sus propias cualidades en vez de ser consideradas como la manifestación de un proceso universal, ya sea ecológico o de otra clase.

Un obstáculo continuo para explicar el surgimiento de la civilización mesoamericana reside en las laxas categorías analíticas aplicadas a la complejidad social y sus supuestos rasgos materiales. Los correlatos arqueológicos para las distinciones jerárquicas, por ejemplo, se encuentran comúnmente mezclados o confundidos con aquellos que corresponden a diferencias de clase. Algunos investigadores buscan evidencias de consumo diferencial y de control de recursos clave como evidencia de distinciones hereditarias de rango. Ello establece un estándar de desigualdad demasiado elevado. Como lo señalan Sanders y Price (1968: 43, 53, 115), las diferencias de estatus social en las sociedades cacicales y jerárquicas son más cuantitativas que cualitativas. En vez de identificar a las jefaturas por las evidencias del monopolio de los recursos clave —algo que se espera de la estratificación social—, se deben buscar fundamentos para la determinación de privilegios familiares duraderos.

Otro problema de igual magnitud es la reticencia o conservadurismo académicos ante la información ambigua. Lo que pudiese pasar por humildad intelectual al quitar importancia a la determinación del surgimiento de las jefaturas no constituye una virtud. Las causas evolutivas de tal surgimiento solo pueden ser descubiertas en casos específicos al establecer su cronología relativa y sus antecedentes causales. Para el tiempo en que todos los marcadores materiales de una jefatura emergente han quedado establecidos en el registro arqueológico, su transición ha sucedido tiempo atrás, de modo que no se le da la importancia debida (véase Clark y Blake 1994). Los verdaderos y probados correlatos arqueológicos de las jefaturas se refieren a sus formas de madurez y no de surgimiento, pero es precisamente en su nacimiento donde se revelan el proceso y sus causas. Por lo tanto, para comprender el proceso se debe tratar con formas transicionales, y con evidencias ambiguas e incompletas.

La explicación de las jefaturas más tempranas en Protomesoamérica resulta inherentemente difícil debido a la escasez de información sólida que pueda sustentar la discusión. La transición a las sociedades diferenciadas por rangos y jefaturas ocurrió después del establecimiento del sedentarismo y la adopción de las artes cerámicas (Clark 2004b). Los antecedentes del Periodo Arcaico Tardío de las jefaturas resultan aún poco conocidos e investigados de manera escasa (Clark y Cheetham 2002; Lohse *et al.* 2006). Por el momento, las explicaciones de las sociedades complejas más tempranas en esta parte del continente americano consisten de indicios aislados de privilegios materiales aunados a especulaciones imaginarias de sus móviles probables. A continuación se presenta una síntesis de seis de los casos mejor conocidos de complejidad emergente en Protomesoamérica, y se comienza con cuatro ejemplos de las tierras bajas para finalizar con dos casos del altiplano de México. Ellos representan la diversidad geográfica y cultural de Protomesoamérica en la transición del Periodo Arcaico Tardío al Periodo Formativo Temprano entre 2000 y 1000 a.C. La ubicación de estos complejos arqueológicos se muestra en las Figs. 1 y 2. Estos mapas de

distribución señalan la primera aparición de la cerámica y las aldeas sedentarias, y el posterior surgimiento de las jefaturas simples o sociedades diferenciadas por rangos. La Fig. 3 presenta la correlación de las cronologías locales de los seis casos en años radiocarbónicos calibrados.

2. Las jefaturas de las tierras bajas

El surgimiento de las jefaturas a partir de las tribus igualitarias en Protomesoamérica variaba de región a región y parece haber sobrenido al desarrollo de las aldeas agrícolas y la adopción de las artes neolíticas (Clark y Cheetham 2002; Clark 2004b). Con excepción de los mayas, las primeras aldeas con jefaturas aparecieron en las tierras bajas costeras. Las sociedades mayas de las tierras bajas estuvieron entre las últimas en adoptar las instituciones sociales y políticas de las jefaturas. Las fechas aproximadas para el surgimiento de las jefaturas en cada región, señaladas en la Fig. 2, representan los mejores postulados del autor para el advenimiento del gobierno hereditario en cada sociedad representada. Muchos de estos desarrollos dependieron del contacto con jefaturas más tempranas. La ubicación cronológica del surgimiento de las jefaturas resulta debatible en cada caso, por lo que se intentará presentar una amplia síntesis diacrónica que delimite el periodo más adecuado para ello.

2.1. Los mokayas de la costa de Chiapas

Los mejores datos para la transición del Periodo Arcaico Tardío al Periodo Formativo Temprano en las tierras bajas proceden de la costa pacífica de Chiapas, en el sur de México. Allí, los concheros arcaicos se fechan entre 5200 a 2200 a.C., y las primeras aldeas y cerámica de la región adyacente de Mazatán, ubicada a 60 kilómetros al sureste de los concheros, datan de 1900 a.C. (para un resumen general, véase Voorhies 1976, 2004; Blake *et al.* 1995; Kenneth *et al.* 2006; Neff *et al.* 2006; Rosenswig 2006a; Love 2007; Voorhies y Metcalfe 2007). Hacia 1650 a.C. ya existían sociedades diferenciadas por rangos en esta región. El surgimiento de la desigualdad hereditaria institucionalizada cerca de dos siglos después de la aparición de las aldeas sedentarias y la cerámica implica la presencia previa de grupos tribales sofisticados en esta región, de los que no se cuenta con evidencias materiales hasta el momento (Clark 1994b; Clark y Blake 1994).

La evidencia más antigua de ocupación humana en la costa de Chiapas procede del conchero del Periodo Arcaico Medio investigado de manera reciente en Cerro de las Conchas, que se fecha entre 5500 a 3500 a.C. (Blake *et al.* 1995; Voorhies 1996, 2004; Voorhies *et al.* 2002). Un conchero del Periodo Arcaico Medio, descubierto hace poco en la misma región, consistía de una amplia plataforma expresamente construida con pisos de concreto elaborados a base de conchas trituradas y ceniza volcánica (John Hodgson, comunicación personal 2007). Los restos de alimentos recuperados en Cerro de las Conchas indican la explotación de manglares de estuario y ambientes lacustres. Los únicos artefactos formales hallados en este depósito fueron grandes conchas bivalvas perforadas, anzuelos para pesca hechos de caparazón de tortuga y algunas piedras para calentar ocasionales (Voorhies *et al.* 2002; Voorhies 2004; Voorhies y Metcalfe 2007: 176). A diferencia de los monótonos montículos de pequeñas almejas de pantano reportados por Barbara Voorhies (1976) para el Periodo Arcaico Tardío (3500-1900 a.C.), en Cerro de las Conchas se explotaban diversos tipos de mariscos en vez de utilizarse una sola especie. Otros recursos aprovechados de los esteros parecen haber sido similares a aquellos hallados en basureros más tardíos (Voorhies 2004; Kennett *et al.* 2006). La explotación posterior de peces, almejas y camarones en los manglares de estuario y en las lagunas de esta zona costera durante el Periodo Arcaico Tardío representaba un conjunto de actividades especializadas —y, quizá, posiblemente estacionales— integradas a un sistema de subsistencia más extenso que incluía sitios de tierra adentro e incursiones terrestres (Voorhies y Metcalfe 2007: 176). La evidencia de los fitolitos sugiere que las áreas que rodeaban los campamentos-base del interior fueron limpiadas para el cultivo, y que las plantas cultivadas incluían el maíz (Jones y Voorhies 2004).

El análisis de las capas de crecimiento de las almejas de pantano demuestra que los concheros más tardíos fueron utilizados durante la temporada de lluvias (de mayo a octubre), mientras que el más temprano de Cerro de las Conchas era visitado a lo largo de todo el año (Kennett y Voorhies 1995, 1996; Voorhies *et al.* 2002). En conjunto, tales datos indican un cambio del modelo de la caza generalizada (*forager*) a la

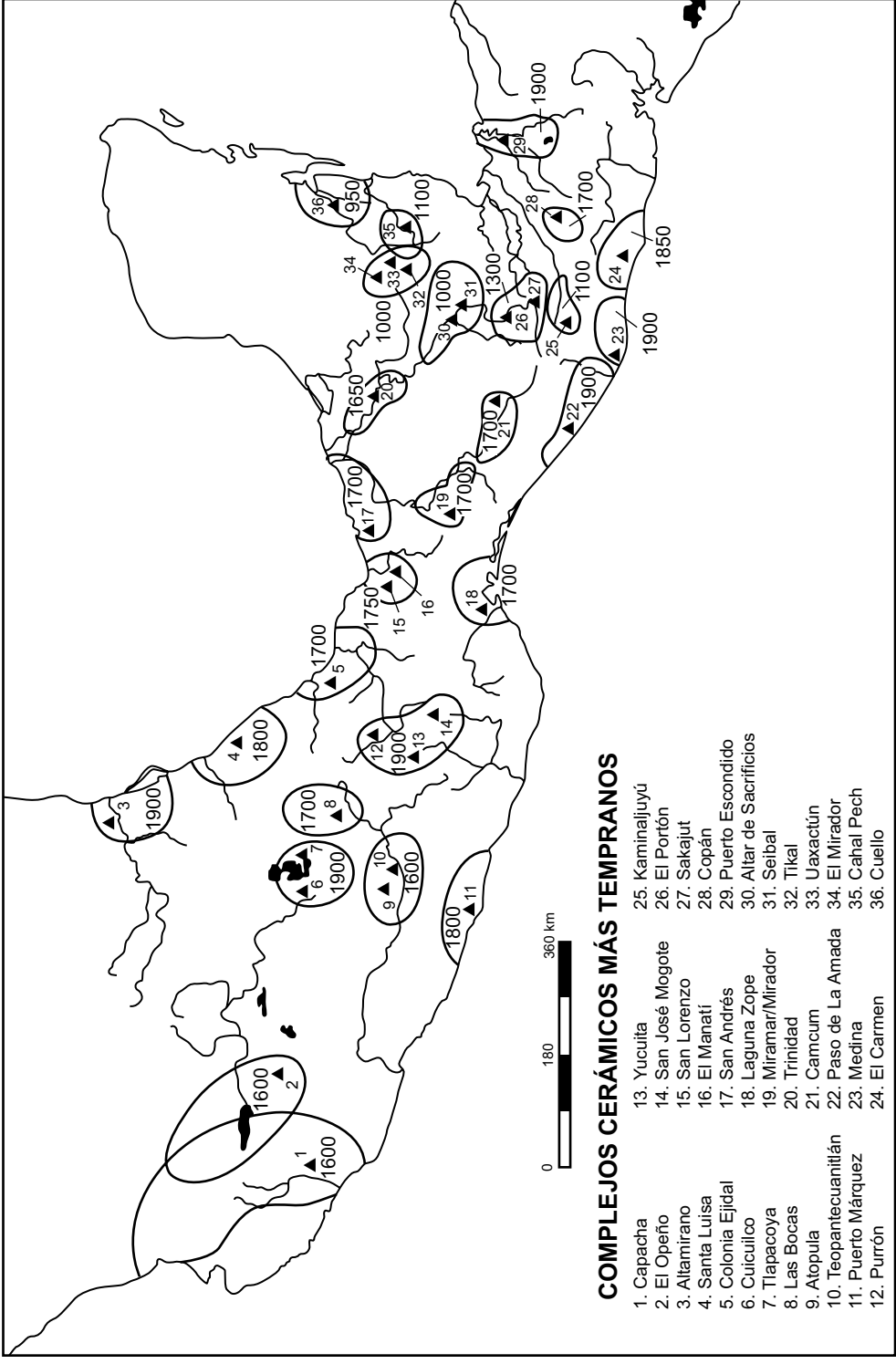


Fig. 1. Distribución espacial y cronológica de las primeras aldeas y cerámica en Mesoamérica (elaboración del dibujo: John E. Clark).

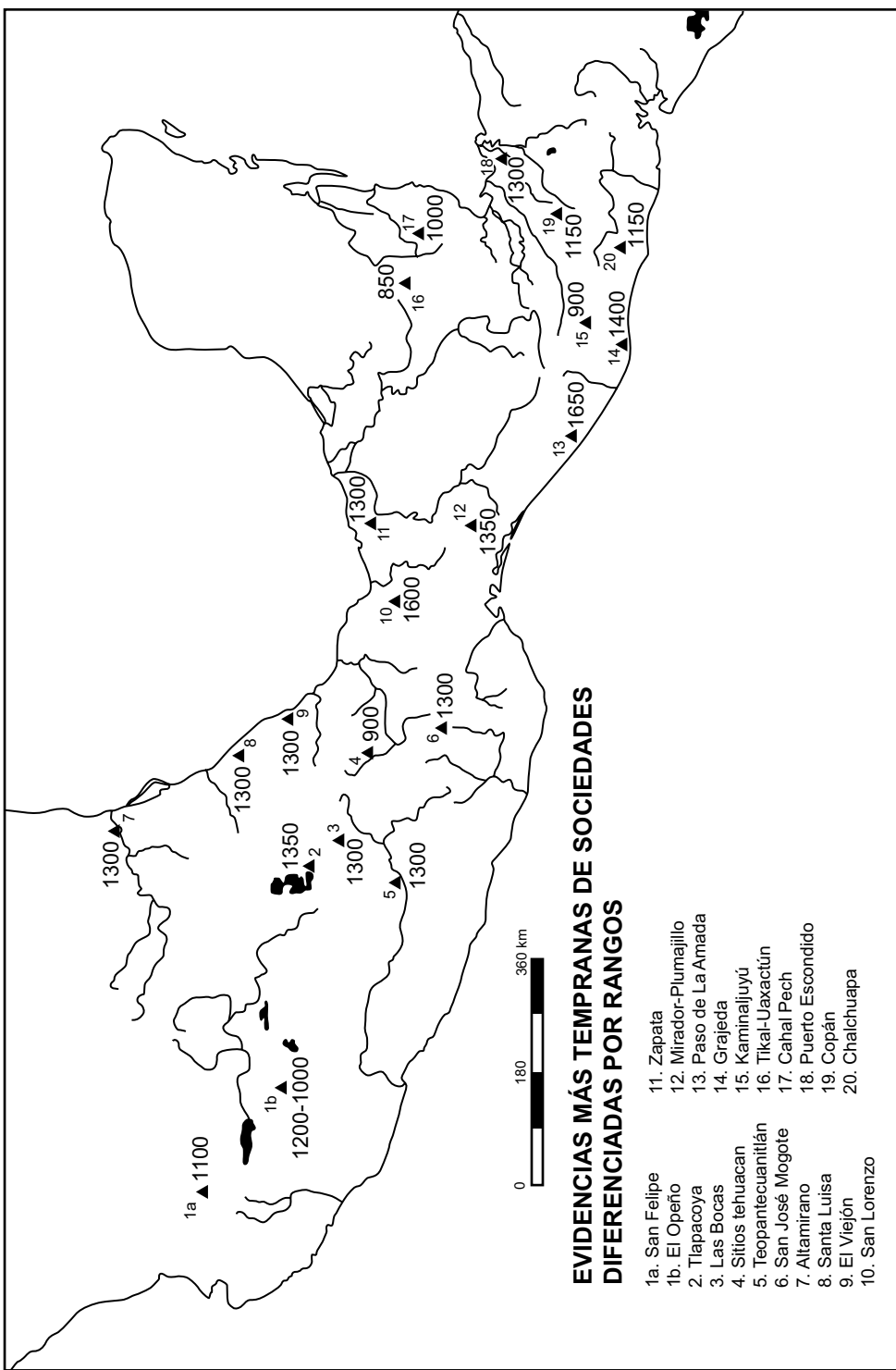


Fig. 2. Distribución espacial y cronológica de las primeras sociedades diferenciadas por rangos en Mesoamérica (elaboración del dibujo: John E. Clark).

| a.C. | | Valle de México | Valle de Oaxaca | San Lorenzo | Soconusco | Belice | Honduras | |
|------|---------------------|-----------------|-----------------|-------------|-----------|-----------------------|----------------|--------|
| 700 | Preciásico Medio | | | PALANGANA | ESCALÓN | JENNEY CREEK TEMPRANO | PLAYA TEMPRANO | |
| 800 | | TETELPAN | GUADALUPE | | DUENDE | | | |
| 900 | Preciásico Temprano | | | NACASTE | CONCHAS | CUNIL | CHOTEPE | |
| 1000 | | MANANTIAL | SAN JOSÉ | B | JOCOTAL | | | |
| 1100 | | | | SAN LORENZO | | | | |
| 1200 | | | | A | CUADROS | PRE CERÁMICO TARDÍO | OCOTILLO | |
| 1300 | | AYOTLA | | CHICHARRAS | CHERLA | | | |
| 1400 | | | TIERRAS LARGAS | BAJÍO | OCOS | | | |
| 1500 | | NEVADA | | | OJOCHI | | | LOCONA |
| 1600 | | | | | | | | |
| 1700 | | | | | | | | |
| 1800 | | ¿TLAPAN? | ESPIRIDÓN | | BARRA | | ARCAICO TARDÍO | |
| 1900 | | | | | | | | |

Fig. 3. Cuadro cronológico de las épocas tempranas de Mesoamérica, con las fases de los casos presentados en el texto (elaboración del cuadro: John E. Clark).

recolección en la costa del Pacífico entre 5500 y 3500 a.C. Se ha ubicado un posible campamento-base del interior, pero la capa de ocupación es muy delgada, y brinda pocos datos acerca de las actividades que se dieron allí. Se trata, fundamentalmente, de un estrato de rocas fracturadas por el fuego. De manera presumible, la agricultura de maíz o de tubérculos podría haber constituido una actividad de importancia alrededor de los campamentos-base de tierra adentro (Voorhies 2004; Voorhies y Metcalfe 2007).

Las excavaciones practicadas en otro conchero revelaron la presencia de estructuras domésticas sobre una superficie de arcilla preparada de manera especial (Voorhies *et al.* 1991). Se hallaron pequeños agujeros de poste que correspondían a varias estructuras parciales y a una estructura completa de forma ovalada que medía 8 por 4 metros. La estructura completa tenía dos postes centrales y 11 postes perimetrales. Al parecer, los postes sostenían un techo de paja, pero los costados de la estructura probablemente eran abiertos (Voorhies 2004). La arcilla fue transportada al sitio desde la zona alta del río y ello puede haber implicado una inversión de trabajo importante. Las viviendas posteriores del Periodo Formativo Temprano en la región de Mazatán también presentaban una planta oval con postes centrales. Esta etapa fue testigo del primer uso de la cerámica y la creación de aldeas permanentes. Otro elemento de continuidad entre ambas culturas es la frecuencia de rocas termofracturadas utilizadas para cocinar. La presencia de un gran número de ellas —y, por extensión, las prácticas arcaicas de preparación de alimentos— continuaron por varios siglos después de la adopción de la tecnología cerámica y la producción de sofisticadas vasijas de barro (Clark *et al.* 2007).

Alrededor de 1900 a.C., en los inicios de la fase Barra, los sitios costeros del interior llegaron a ser mucho más visibles arqueológicamente. Las aldeas de esta fase se encontraban distribuidas en forma homogénea a lo largo de la región de Mazatán, en la costa pacífica de Chiapas. En esta época, en el sitio de Paso de la Amada coexistían las viviendas bien construidas y la cerámica. La más antigua consistía de vasijas pulidas, sumamente elegantes, sin evidencias de experimentación tecnológica o huellas de uso en fogones.

Tales piezas pueden haber sido utilizadas en ocasiones festivas para beber cerveza de maíz o chocolate (Clark 1994a; Clark y Blake 1994; Clark y Gosser 1995; Clark y Pye 2000; Clark y Cheetham 2005; Clark *et al.* 2007; Powis *et al.* s.f.). La distribución de los tuestos de la fase Barra en Paso de la Amada indica la presencia de una aldea extensa —aunque dispersa— de casi 10 hectáreas, que podría haber albergado entre 250 y 400 personas, con más de 600 habitantes estimados para la región completa de 200 kilómetros cuadrados de Mazatán (Clark 2004a). Los primeros pueblos de esta región correspondieron a gente que se conoce como los mokayas (Clark y Blake 1994).

Paso de la Amada creció tan rápidamente que existe poca oportunidad de correlacionar su momento de desarrollo con las cambiantes prácticas de subsistencia. La escasa información existente para el Periodo Arcaico precedente indica que los habitantes más tempranos se movían en forma estacional. El comercio de obsidiana a larga distancia comenzó a fines del Periodo Arcaico (Nelson y Voorhies 1980). Los habitantes arcaicos cazaban, recolectaban y cuidaban plantas durante la mayor parte de la temporada seca, y pescaban en los esteros y lagunas durante una parte de la temporada de lluvias. Como se ha señalado, algunas de las técnicas de preparación de alimentos involucraban la cocción por medio de piedras para calentar, ya sea para hervir en tecomates o en pozos hechos en la tierra para asar alimentos (*roasting pits*) (Voorhies y Gose 2007).

La información acerca de las prácticas de subsistencia en Paso de la Amada resulta limitada. La horticultura, la cacería, la recolección y la pesca continuaron siendo importantes. No existen pruebas concluyentes de pozos de almacenamiento, así que, en caso de haber existido algún tipo de depósito de alimentos, debió de haber estado sobre la superficie. Una suposición común es que la cerámica y la vida sedentaria surgieron en conjunto con la agricultura, pero, hasta el momento, los datos no sustentan tal afirmación. El cuidado del maíz y la mandioca precedieron a la aparición de las primeras aldeas sedentarias en Mesoamérica, pero su importancia causal aún no ha sido determinada (Clark y Knoll 2005; Clark *et al.* 2007). La evidencia procedente de Paso de la Amada y otras aldeas de Mazatán indica que los mokayas mantenían una economía mixta de subsistencia. Los restos macrobotánicos recuperados muestran evidencias de maíz, frijol y aguacate (Blake, Chisholm, Clark, Voorhies y Love 1992; Rosenswig 2006b). Las pruebas paralelas obtenidas del estudio de isótopos en restos óseos humanos demuestra que el maíz no constituyó la dieta básica sino hasta 1000 a.C. (Blake, Chisholm, Clark, Voorhies y Love 1992; Smalley y Blake 2003; Blake 2006; Chisholm y Blake 2006). Los restos óseos animales proporcionan abundantes indicios de la explotación de tortugas y peces de agua dulce, cocodrilos, y una diversidad de aves y mamíferos, pero no de peces o tortugas marinos (Blake, Clark, Chisholm y Mudar 1992). Se han recuperado muchos entierros de perros, pero hasta la fecha no hay pruebas de que fueran utilizados como alimento. Las piedras de molienda eran pequeñas y poco frecuentes, y la caries y el desgaste dental eran mínimos, lo que indica que los alimentos molidos en piedra no eran un componente importante en la dieta (Clark *et al.* 2007).

Durante la fase Locona (1700-1500 a.C.), Paso de la Amada se cuadruplicó en tamaño, al tiempo que la población de la región circundante de Mazatán se incrementó 10 veces. Este crecimiento extraordinario siguió al surgimiento de las jefaturas simples en la región, circunstancia en la que Paso de la Amada fue el asiento de la jefatura más grande (Clark 2004a). El punto fundamental, bien sustentado por la información de los asentamientos, radica en que tal crecimiento poblacional fue una consecuencia de la creciente complejidad social y del poder político centralizado en vez de haber sido al contrario (Clark y Blake 1994).

Los mejores indicadores del surgimiento de la desigualdad hereditaria se encuentran en los dos niveles de la jerarquía de asentamientos presentes en varias de las jefaturas vecinas, así como en la arquitectura doméstica especial. La escasa evidencia de prácticas funerarias corrobora la presencia de distinciones hereditarias de estatus, pero no resulta concluyente (Clark 1991, 1994b). Los entierros de la fase Locona están relacionados con las unidades habitacionales, pero la mayoría de estos entierros carecen de asociaciones arquitectónicas. Las residencias más importantes en la época Locona fueron edificadas sobre plataformas elevadas (Blake 1991; Hill y Clark 2001; Blake *et al.* 2006); la mayor de ellas, la Estructura 4 del Montículo 6, era una construcción ovalada con fogones en cada extremo y un espacio interior de cerca de 20 por 10 metros. No todas las residencias eran elevadas o de estas dimensiones. Las viviendas pequeñas —de 5 por 3 metros— fueron construidas a nivel de la superficie y, de manera probable, se trataba de estructuras ovaladas de bajareque. Las variaciones en las viviendas señalaban, de manera clara, diferencias de estatus entre

las ubicadas sobre plataformas y las chozas situadas a nivel del suelo (Clark 1994b; Lesure y Blake 2002). Por otro lado, la mayoría de ellas deben de haber sido lo suficientemente grandes para una familia nuclear; otras pueden haber albergado familias extensas o poligámicas.

Dos siglos después de su ocupación inicial, Paso de la Amada se convirtió en un poblado reconfigurado alrededor de una plaza rectangular de 3 hectáreas ubicada en el extremo sureste del sitio. Otras dos plazas o patios hundidos pueden haber sido construidos hacia el norte siguiendo la misma alineación (Clark 2004a). La plaza sur y sus edificios circundantes se establecieron hacia 1650 a.C. La cantidad total de tierra implicada en la construcción de los montículos que la rodeaban puede haber excedido los 120.000 metros cúbicos; de esta manera, se infiere que este centro temprano con su plaza requirieron de un trabajo coordinado para su construcción. En el costado oeste de la plaza se encontraba un campo para el juego de pelota alargado construido por acumulación de tierra, y al sur estaba el Montículo 6, la plataforma basal de una residencia principal (Blake 1991; Hill y Clark 2001; Lesure y Blake 2002; Blake *et al.* 2006; Clark *et al.* 2008 ms.). Esta plataforma fue aumentada al menos 10 veces en un lapso de tres siglos, pero la orientación y forma de la vivienda de su cima se mantuvo, lo que apunta a una continuidad en el estatus de la residencia allí ubicada.

La formalización de Paso de la Amada, con estructuras públicas monumentales y domésticas, se corresponde con el surgimiento de la jefatura simple y las sociedades diferenciadas por rangos. Por lo demás, estas constituyeron fenómenos regionales. Paso de la Amada fue la comunidad más grande de su época en Mesoamérica. Cubría 140 hectáreas y tenía una población estimada de entre 2000 a 3000 habitantes (Clark 2004a; Clark *et al.* 2008 ms.). Durante la fase Locona, y en las dos que le siguieron, existía una clara jerarquía de sitios, por lo menos de dos niveles, en la que Paso de la Amada era el principal y el centro de su grupo de aldeas. Otros sitios grandes afianzaban las agrupaciones de asentamientos vecinos, con lo que constituían, también, jefaturas simples. Los centros estaban distanciados unos 5 kilómetros entre sí, lo que sugiere la existencia de unidades políticas independientes de alrededor de 5 kilómetros de diámetro. La aparición de las jefaturas simples fue un proceso regional que atestiguó el surgimiento simultáneo de media docena de jefaturas al mismo tiempo (Clark y Blake 1994).

Durante la temporada final de excavaciones en Paso de la Amada en 1995, Warren Hill y Michael Blake descubrieron un gran campo para el juego de pelota, con una superficie recubierta de arcilla, que se fechaba hacia los inicios del sitio (Hill *et al.* 1998). La antigüedad e historia constructiva de este campo sugieren que el conocido juego de pelota mesoamericano resulta mucho más antiguo de lo que se pensaba previamente. Otras evidencias del juego de pelota temprano en Mesoamérica y Sudamérica, tales como las figurillas masculinas de jugadores de pelota del altiplano de México, sustentan esta conclusión (Hill 1999). Por ejemplo, el «área para danzas» de Gheo-Shih, ubicado en el valle de Oaxaca, durante el Periodo Arcaico Medio (ver abajo) podría haber sido una simple cancha de juego (Taube 1992). La construcción de un campo formal para el juego de pelota en Paso de la Amada y la promoción de partidos de juego de pelota entre aldeas rivales contribuyó a fomentar la transición hacia las sociedades diferenciadas por rangos (Hill y Clark 2001; Clark 2004a, 2004b). Este campo de juego representa, también, una evidencia de las relaciones existentes entre las unidades políticas en esta época temprana.

Blake y el autor de este artículo (Clark y Blake 1994; Blake y Clark 1999) han argumentado que las principales instituciones de las aldeas de la fase Barra realizaban festejos y bebidas rituales, entrega de regalos, rituales públicos e intercambios a larga distancia. La región de Mazatán pudo haber sido especialmente favorable para los recolectores-horticultores. La abundancia natural de este sector pantanoso de la planicie costera de Chiapas, reforzada con una dedicación significativa al cultivo de plantas —probablemente mandioca y camote, con algo de maíz—, permitió la producción de excedentes que fueron utilizados con fines sociales por los líderes en ascenso (Clark y Blake 1994; Clark *et al.* 2007). Los rasgos materiales conocidos para las jefaturas tempranas y las tribus antecedentes de las regiones cercanas también se encuentran presentes en Mazatán como, por ejemplo, figurillas humanas de cerámica y vasijas de lujo distintivas. No resulta claro si las primeras eran utilizadas de la misma manera o si tenían significados análogos a las de Oaxaca y el altiplano central de México (Clark 2004b).

Hasta ahora no se han recuperado entierros de la fase Barra. Los enterramientos de la siguiente fase, Locona, han sido encontrados en asociación con viviendas individuales y con espacios públicos. La evidencia de la construcción de algunos espacios públicos, tales como el campo para el juego de pelota, por medio

de grupos de trabajo comunales precede a la evidencia de las distinciones hereditarias. En ese sentido, los proyectos constructivos comunales parecen haber sido una parte integral en la creación del liderazgo y los privilegios hereditarios (Hill y Clark 2001; Clark 2004b, 2007; Clark *et al.* 2008 ms.).

2.2. Los olmecas de San Lorenzo, Veracruz

San Lorenzo, ubicado en las tierras bajas tropicales de la costa del Golfo, en el sur de Veracruz, representa un caso clave para la comprensión del surgimiento de la complejidad social en Mesoamérica. La evidencia disponible indica que San Lorenzo se convirtió en Estado alrededor de 1300 a.C. y evolucionó desde una base igualitaria en menos de tres siglos, lo que constituye, tal vez, el ejemplo más rápido registrado de desarrollo de un Estado prístino (véase Clark 2007). Tales circunstancias plantean muchas cuestiones, todas ellas pendientes por resolver. Ningún modelo actual explica en forma adecuada cómo o por qué este complejo surgió en el momento y lugar en que lo hizo, o por qué adquirió la forma que tuvo.

San Lorenzo se asienta sobre la cima y las escarpadas laderas de una meseta de 50 metros de altura localizada en la cuenca media del río Coatzacoalcos en el sur de Veracruz, México (Coe y Diehl 1980). Esta comunidad alcanzó su dimensión máxima de 500 hectáreas entre 1200 a 1100 a.C. y experimentó el primero de varios colapsos alrededor de 1000 a.C. Antes de 1300 a.C., durante la fase Ojochi, constituyó una aldea ubicada en una posición ventajosa para mantenerse seca en la temporada de inundaciones, pero con acceso al río y a tierras fértiles para el cultivo (Symonds *et al.* 2002: 56). La historia de San Lorenzo previa a su conformación como ciudad resulta poco conocida debido a que sus niveles de ocupación más antiguos se encuentran enterrados de manera profunda y escasamente conservados. La mayor parte de la evidencia recuperada en el sitio se refiere a la fase San Lorenzo, la época de construcción de la ciudad. Este fue un tiempo de creatividad, con cambios en la iconografía y las artes cerámicas, y con abundancia de escultura monumental.

Se conoce poco acerca de los tiempos del Periodo Arcaico Tardío y el Periodo Formativo más temprano en la región de San Lorenzo. Debido a la abundante precipitación pluvial anual, la preservación es muy pobre y la visibilidad de los restos arqueológicos es difícil. Los rastros de los habitantes del Periodo Arcaico Tardío solo se conocen por los cambios en los perfiles de polen tomados de los núcleos lacustres en las cercanías (Goman 1992: 33; véase también Stark y Arnold 1997: 20; Arnold 2000: 122). Los más antiguos pobladores que construyeron la primera aldea sobre la cima de la meseta de San Lorenzo, alrededor de 1750 a.C., probablemente constituían una sociedad tribal e igualitaria (Coe y Diehl 1980: vol. II, 149; Clark y Cheetham 2002). Dicha sociedad puede haber persistido hasta los inicios de la fase Bajío, cerca de 1550 a.C., pero —con el fin de errar lo menos posible— el autor propone que la primera jefatura surgió en San Lorenzo hacia 1600 a.C.

Stacey Symonds, Ann Cyphers y Roberto Lunagómez (2002: 56) calcularon que, durante la fase Ojochi-Bajío, la aldea de San Lorenzo tenía una extensión de más de 20 hectáreas. La ocupación siguiente, de la fase Chicharras, probablemente cubrió todas las 53 hectáreas de la meseta. Michael Coe planteó que, durante la época Bajío, «fueron agregadas enormes cantidades de relleno para nivelar la cima de la meseta y, más específicamente, para comenzar la construcción de las extensiones alargadas que se prolongan desde su costado oeste» (Coe 1981b: 124). Él interpretó este masivo proyecto de trabajo como una evidencia de la planificación del sitio alrededor de 1500 a.C. No resulta claro en qué consistía esta, más allá de crear una amplia extensión plana, debido a la escasa información disponible acerca de las construcciones o el trazado del sitio en cualquier periodo. Por su parte, Cyphers reportó residencias de elite y un palacio (Cyphers 1996, 1997; Cyphers *et al.* 2006). La distribución de las cabezas colosales de piedra en el sitio sigue una alineación Norte-Sur en el borde este de la meseta, lo que sugiere una organización axial de la ciudad original.

Un elaborado acueducto de piedra, hecho de cientos de piezas de basalto tallado, corre directamente de Este a Oeste, en forma perpendicular al eje más largo del sitio; la sección que conecta con un conjunto especial mide más de 170 metros de largo (Coe y Diehl 1980: vol. I, 118-125; Cyphers 1999: 161). La construcción de tales acueductos constituyó un proyecto intensivo de trabajo y todo un reto de ingeniería (Coe 1968a: 87; Diehl 2004: 37), y su presencia confirma que el centro de la ciudad fue edificado de acuerdo con un plano alineado con las direcciones cardinales. El Macayal, un centro secundario de San

Lorenzo, tenía plazas y juegos de pelota. Para San Lorenzo, Richard Diehl (2004: 34-35) imaginaba «una extensa plaza abierta pavimentada con pisos de arena roja y grava amarilla salpicada por conjuntos de monumentos de piedra», y muchos de ellos estaban en sus ubicaciones originales.

La limitada evidencia de planificación del sitio, los proyectos comunales de trabajo y la construcción de plataformas bajas indican que, hacia 1550 a.C., una jefatura aldeana estaba asentada en el lugar (Clark 1997, 2007). En ese momento, San Lorenzo consistía de una aldea grande de cerca de 25 hectáreas y constituía el centro regional de varias docenas de aldeas pequeñas y caseríos en un radio de 5 kilómetros. Alrededor de 500 personas habitaban en esta aldea central, y el doble o triple de esa cantidad residían en sus comunidades dependientes (Clark 2007). Es probable que el tamaño de esta aldea de la fase Bajío haya sido subestimado debido a su profunda ubicación por debajo de la ciudad olmeca.

Durante la subsiguiente fase, Chicharras (1400-1300 a.C.), San Lorenzo se convirtió en una ciudad y en el núcleo de una jefatura suprema (*paramount chiefdom*), quizá hacia los inicios de dicha fase. El autor considera que toda la meseta estuvo ocupada en este momento. De ser así, sus 53 hectáreas representarían el doble del tamaño de la época Bajío, con un millar o más de habitantes que habitaban sobre la meseta, y muchos más en las 96 dependencias circundantes dentro del *hinterland* interior (Symonds *et al.* 2002; Clark 2007). Las construcciones públicas y domésticas en San Lorenzo continuaron. Para esta fase se conocen complejos domésticos de elite y también se fechan en esta época las primeras evidencias de escultura monumental en piedra (Cyphers 1996).

Durante los pocos siglos de intervalo transcurridos entre las fases Ojochi y San Lorenzo se produjo un drástico incremento poblacional en los 400 kilómetros cuadrados del área inmediatamente circundante al complejo. Stacey Symonds y sus coautores (2002: 57) calcularon una población promedio antes de la fase San Lorenzo para el área prospectada de 722 personas, y de 13.644 habitantes durante el desarrollo de esa fase. Las frecuencias y dimensiones de los sitios mostraban un incremento de población de casi 20 veces y un aumento de 10 veces en las hectáreas de ocupación. La disparidad entre la ocupación total por hectárea y la población entre ambos periodos llama la atención respecto al surgimiento de sitios mayores y a la elevada densidad poblacional en la época San Lorenzo. Probablemente el sector central de la ciudad era urbano. De acuerdo con Coe (1981a: 19), los datos de las excavaciones tempranas en San Lorenzo «indican que ocurrió un gran incremento [de población] entre las épocas Bajío y Chicharras, y otro aún mayor al comienzo de la fase San Lorenzo». Coe (1981b: 128) consideraba que el apogeo ocupacional de la ciudad ocurrió durante la fase San Lorenzo B.

Es probable que las cambiantes preferencias de los asentamientos estuvieran relacionadas con alguna forma de intensificación agrícola ocurrida en la época San Lorenzo. Los asentamientos principales fueron construidos en puntos de control sobre el río, y se ocuparon los mejores terrenos elevados de la región. Es probable que los islotes fueran residencias especializadas ubicadas en las riberas de la tierra pantanosa que se inundaba estacionalmente; la gente que habitaba allí explotaba los recursos acuáticos —peces, tortugas y aves—, y cultivaba la tierra expuesta una vez que las aguas bajaban hacia el final de la temporada seca (Symonds *et al.* 2002). Si estas residencias estaban ocupadas todo el año, su frecuencia temprana podría indicar algún tipo de especialización regional —e, incluso, intensificación agrícola— antes de la época San Lorenzo. Una mayor cantidad de sitios fueron emplazados a lo largo de las márgenes de los ríos y otros más en los terrenos elevados. Este cambio en los asentamientos podría señalar una mayor dedicación a la agricultura de roza y quema de maíz (Symonds *et al.* 2002: 74). El área contigua y circundante a San Lorenzo era la más densamente ocupada y nucleada en la región, lo que superaba, en gran medida, la cantidad de fauna local que existía. Los olmecas de San Lorenzo deben de haber importado alimentos básicos del *hinterland* interior para cubrir sus necesidades de subsistencia (Symonds *et al.* 2002: 76). La economía de esta clase era mixta, lo que incluía la caza, la pesca, la recolección, la horticultura y la agricultura como parte del conjunto. Los cultígenos básicos fueron, de manera probable, el maíz, el frijol, la calabaza y los tubérculos (Symonds *et al.* 2002: 74). Por el momento no se han documentado cambios significativos en la dieta entre las épocas Ojochi y San Lorenzo, y tampoco en los cultígenos básicos, la tecnología o el inventario de artefactos relacionados con la obtención de alimentos.

El cambio principal en la región fue la propia construcción de la ciudad de San Lorenzo (Clark 2007). Los limitados datos indican una organización concéntrica, con residencias de elite y construcciones públicas en la elevada meseta, y viviendas más modestas y unidades residenciales de menor estatus ubicadas en

las laderas aterrazadas y en las planicies circundantes (Coe y Koontz 2002: 72; *cf.* Cyphers 1994, 1996). El núcleo de la ciudad estaba más densamente ocupado que las orillas (Symonds *et al.* 2002: 68). La gente que habitaba en los límites de San Lorenzo, en los pantanos y en el campo, puede haber tenido un estatus aún menor, lo que implicaba una diferenciación urbano-rural. Como se ha señalado, una aldea de la fase Ojochi, establecida alrededor de 1750 a.C., ocupaba el centro de la meseta, cerca de su manantial perenne, y constituía la única conocida para este periodo en la región (Coe 1970: 21; 1981b). De este modo, antes de convertirse en una ciudad, San Lorenzo fue una de las aldeas más antiguas de la región y, ciertamente, la mayor y la más prominente.

La arquitectura masiva es notoria por su ausencia en San Lorenzo. Cyphers planteó que los olmecas de San Lorenzo invirtieron en la modificación de los elementos naturales más que en la construcción de pirámides, y el sustento de tal afirmación lo conforman las gigantescas terrazas que rodean la meseta (Cyphers 1997). Otro proyecto constructivo importante fue un par de calzadas que conectaban el centro secundario de Loma del Zapote con un muelle en el río. Cada una de estas calzadas requirió casi 90.000 metros cúbicos de relleno para su edificación (Cyphers 1997: 107). Coe y Diehl descubrieron una plataforma escalonada de arena roja, de 2 metros de altura, que se fecha hacia la fase Bajío (Coe 1970, 1981b; Coe y Diehl 1980: vol. I, 105).

Debido a que San Lorenzo se encuentra en una zona aluvial que carece de piedras, la mayor parte de la arquitectura se erigió con barro y arcilla, con cierta utilización de bentonita, una roca local similar al tizate, para pavimentar. Una residencia de elite de la época San Lorenzo tenía un pilar central alargado de basalto de 3,5 metros de largo, algunas bancas o coberturas de basalto para pasos de escalones, y un elaborado drenaje para agua hecho con canales hechos de bloques de piedra basáltica unidos entre sí. Algunas lajas de caliza importada fueron incorporadas también en sus muros de tierra apisonada (Cyphers 1994, 1999: 167). El conjunto del Grupo E tenía un patio interior hundido, de cerca de 50 metros en uno de sus lados, y consistía de un complejo de plataformas ubicadas alrededor de este patio. Los edificios tenían paredes de barro recubiertas con estuco arenoso rojo. Un gran trono de piedra y una cabeza colosal fueron hallados en asociación con este conjunto (Cyphers 1999: 159-162). Una vivienda menos elaborada de la fase San Lorenzo (D4-7) estaba conformada por una estructura absidal que medía 9 por 12 metros; fue construida encima de una plataforma de 2 metros de altura que se extendía 50 por 75 metros en su base (Cyphers 1997: 100-101). Cada una de estas residencias representó una importante inversión de mano de obra y una elaboración de arquitectura doméstica, lo que era indicativo de diferencias de estatus.

Cyphers propuso que los tipos, dimensiones y frecuencia de los monumentos de piedra constituyen indicadores de la jerarquía de los sitios. Las cabezas colosales y los enormes troncos de piedra, por los que son famosos los olmecas, se restringen a San Lorenzo, la capital de la región (Cyphers 1996, 2004; *cf.* Clark y Pérez Suárez 1994). Varios troncos de piedra de menor tamaño han sido encontrados en centros secundarios, como El Remolino, Loma del Zapote, Estero Rabón y Laguna de los Cerros (Cyphers 2004). Al representar retratos de los dirigentes, o sus asientos de poder, estos monumentos tenían claras funciones públicas con implicancias administrativas (véase Grove 1973; Gillespie 1993, 1999). La distribución de los monumentos de piedra proporciona información independiente del tamaño de los sitios para calcular su posición en la jerarquía de los asentamientos. Al incorporar dichos monumentos a la tipología de los sitios, el sistema de asentamientos de San Lorenzo muestra, por lo menos, cuatro niveles jerárquicos, y los tres superiores están claramente definidos por su gran extensión, la presencia de construcciones públicas y, en la mayoría de los casos, por monumentos de piedra (Clark 2007).

La variedad y frecuencia de bienes importados al interior de San Lorenzo se incrementaron de la época Ojochi a la San Lorenzo. Estos incluían elementos procedentes de regiones cercanas, como el basalto de las montañas Tuxtla además de objetos importados a mayor distancia. Estas comprendían finas navajillas de obsidiana, espejos de magnetita, cubos de ilmenita, jade, serpentina, mica, jaspe, pedernal, *Spondylus* y otras especies de conchas marinas. Las importaciones regionales incluían caolín, hematita, piedra caliza, arenisca, basalto, chapopote, hule y, posiblemente, sal (Coe 1981b: 145; Grove 1997: 84; Symonds *et al.* 2002: 82-83; *cf.* Cobean *et al.* 1971; Lesure 2004). Los hallazgos procedentes del sitio ritual de El Manatí demuestran que las hachas de jade eran importadas a la región de San Lorenzo ya desde 1600 a.C. (Diehl 2004: 26; *cf.* Ortiz y Rodríguez 1994, 1999, 2000). Si tales objetos fueron obtenidos por medio del comercio, ¿a cambio de qué fueron conseguidos? Coe sugirió que los bienes exportados pueden haber

incluido vasijas de caolín, cajetes de cerámica con decoración grabada, grandes figurillas humanas huecas, así como una variedad de productos perecederos, entre ellos textiles pintados, libros e ídolos de madera (Coe 1981b: 145-146; véase Symonds *et al.* 2002: 83). David Grove (1997: 85) agrega a la lista de posibles exportaciones semillas de cacao, pelotas de hule, pieles de animales, plumas de aves, caparazones de tortuga y partes de cocodrilo. Por su parte, Symonds y sus colaboradores (2002: 61, 74) plantearon que el pescado ahumado era un producto comercial importante para enviar a la sierra adyacente. Figurillas y vasijas cerámicas fueron importadas a la región de Mazatán durante la época San Lorenzo, al igual que otros elementos como chapopote, figurillas sólidas de caolín y, quizá, algunos sellos cilíndricos. La población de la fase Ojochi de San Lorenzo también tuvo un estrecho contacto con gente del altiplano central de México y Oaxaca, y tal esfera de interacción resultó fundamental para la dispersión de las sociedades organizadas como jefaturas a lo largo de Protomesoamérica, como se discutirá en la sección final.

Uno de los elementos innovadores en San Lorenzo fue la escultura en piedra. La creación de esculturas monumentales tridimensionales, de basalto importado, se fecha durante el siglo crucial en la construcción de la ciudad, pero algo que nunca se podrá determinar es la cantidad de esculturas que fueron transportadas a San Lorenzo en esa época. Los requerimientos organizativos y de mano de obra necesarios para trasladar dichos monumentos hasta la ciudad no constituyen su rasgo más impresionante. Estos representan trabajo cristalizado, por supuesto, pero también retrataban una nueva forma de liderazgo: el reinado. Las cabezas colosales de piedra son consideradas como retratos realistas de líderes pretéritos. Fueron elaborados de esta forma, y en dimensiones colosales, ya en las etapas tempranas de San Lorenzo. Diez de estos monumentos han sido recuperados en este complejo, lo que indica una dinastía real de, al menos, 10 gobernantes y más de dos siglos de dominio (véase Cyphers 2004). También algunas de las figurillas de barro del sitio pueden haber retratado a dichos dignatarios. Si se considera a las cabezas monumentales de piedra como evidencia de la existencia de reyes, entonces la institución del reinado se fecharía antes de 1300 a.C. Por otro lado, resulta poco probable que el reinado en San Lorenzo se iniciase de improviso. Si se retroceden varios siglos atrás, hasta sus antecedentes, se puede asumir que, durante la fase Bajío, los habitantes de San Lorenzo tenían una organización tan compleja socialmente como la de los mokayas de la costa de Chiapas. Los pobladores de la fase Ojochi podrían haber tenido jefes de aldea, así como liderazgos hereditarios, entre 1600 a 1550 a.C. (Diehl 2004: 28; *cf.* Clark y Blake 1994; Clark 2000, 2004b; Hill y Clark 2001; Clark y Cheetham 2002). San Lorenzo podría haber constituido un centro ceremonial y el asiento de una jefatura simple (en la época Bajío) o una jefatura suprema (en la época Chicharras).

Las posibles representaciones de los reyes olmecas y de los jefes ancestros pueden ser rastreadas hasta los inicios de la época Chicharras. En contraste, el sistema simbólico olmeca temprano y las representaciones de criaturas sobrenaturales comenzaron hacia 1300 a.C. (Clark 2004b). La presencia de cerámica grabada con tales diseños constituye el marcador principal para la fase San Lorenzo de Coe y Diehl. Las vasijas que los llevan fueron transportadas a muchas regiones distantes, como Oaxaca y la cuenca de México. Existe poca duda respecto a que muchos de los motivos y diseños olmecas simbolizaban fuerzas sobrenaturales, algunas de las cuales eran dioses. El autor considera que los olmecas tenían divinidades y que el hecho de formalizar su panteón constituyó un paso fundamental hacia la civilización en Mesoamérica. Tal innovación parece coincidir en forma precisa con los orígenes del Estado en San Lorenzo (Clark 2007). Las representaciones sobrenaturales son posteriores y suceden a la de los reyes, mientras que la sociedad de clases se encontraba claramente establecida en San Lorenzo hacia 1300 a.C. Los orígenes de las diferencias jerárquicas deben ser buscados en los tres siglos precedentes que culminaron en esta época.

2.3. Los agricultores tempranos del valle de Ulúa en Honduras

La información acerca del desarrollo de la complejidad social en Honduras indica que las sociedades allí presentes participaban, en forma integral, de la formación de Mesoamérica como un área cultural de alta civilización (Joyce 1992, 1996). Las jefaturas complejas estructuradas a lo largo de las líneas de estratificación social estaban claramente establecidas alrededor de 850 a.C. en ese territorio hondureño, según resulta evidente por la construcción de centros regionales con pirámides en Los Naranjos y Yarumela, y por la presencia de escultura monumental en piedra y entierros reales (Joyce 1992, 1996; Joyce y Henderson 2002, 2003, 2007). Sin embargo, los desarrollos que desembocaron en la construcción de estos centros

del Periodo Formativo Medio son poco conocidos. Se han hallado algunas evidencias de la ocupación del Periodo Arcaico Tardío en núcleos lacustres de Honduras (Rue 1989) y también se ha obtenido información acerca de aldeas del Periodo Formativo Temprano en los valles de Ulúa y Copán (Clark y Cheetham 2002; Joyce s.f. a). Asimismo, se ha recuperado cerámica temprana similar a la cerámica locona de la costa de Chiapas en los niveles inferiores de Copán (Viel 1993a, 1993b) y también se conocen entierros con ofrendas funerarias para la fase siguiente. Algunos de estos entierros indican diferencias significativas de estatus (véase Fash 1985, 1991) y, por lo tanto, la existencia de sociedades diferenciadas por rangos en el valle de Copán hacia 1150 a.C.

Otros desarrollos paralelos parecen haber ocurrido en el valle del Ulúa inferior, según se manifiesta en el sitio de Puerto Escondido, un pequeño asentamiento localizado en el río Chotepe, un tributario del río Chamelecón que, a su vez, constituye un afluente del río Ulúa. Este pequeño yacimiento resulta notable debido a que parece haber estado ocupado desde finales del Periodo Arcaico Tardío hasta el Periodo Clásico (Henderson 2001; Joyce y Henderson 2001, 2002, 2003), con un pequeño hiato durante el Periodo Formativo Tardío (Rosemary Joyce, comunicación personal 2008). El sitio consiste de cinco elevaciones o «lomas» bajas y amplias. Las excavaciones realizadas por John Henderson y Rosemary Joyce (1998, 2004) en las lomas 1 y 2 recuperaron una notable secuencia de edificaciones que conforman, hasta el momento, la historia sustancial de Puerto Escondido. La cerámica más antigua de este sitio se fecha en la fase Barahona, que se inicia en 1700 a.C., y muestra similitudes en sus formas y utilización con la cerámica barra, conocida para la costa de Chiapas. Las vasijas barahona eran pequeñas, con paredes delgadas y cubiertas con engobe, bruñidas y decoradas. Fueron diseñadas para el almacenamiento y/o servicio de líquidos, y ninguna de ellas muestra signos de haber sido utilizada para cocinar (Henderson y Joyce 1998, 2004, 2006; Joyce y Henderson 2001, 2002, 2003; Joyce 2007). Se sabe que las vasijas más tardías eran usadas para servir chocolate, probablemente en forma fermentada (Henderson y Joyce 2006; Henderson *et al.* 2007; Joyce s.f. b), por lo que no resultaría sorprendente que estas primeras piezas tuviesen la misma función. Según se ha reportado hasta el momento, la cerámica barahona es contemporánea a la de la fase Rayo de Copán, en el valle cercano (Fig. 1), aunque ambas tienen poco en común. El autor es de la opinión que la cerámica barahona es ligeramente anterior, una suposición con la que concuerda Rosemary Joyce (comunicación personal 2008), aunque las dos parecen haber coexistido durante varios siglos (Clark y Cheetham 2002). Sin embargo, también representan complejos cerámicos y esferas de interacción diferentes. Al parecer, las marcadas distinciones que ocurren entre ellas son indicativas de grupos culturales distintos en Honduras durante el Periodo Formativo Temprano. De acuerdo con las descripciones de la sección siguiente, una situación similar de complejos contemporáneos y coexistentes caracterizó a los mayas más antiguos de Belice.

Las excavaciones de Puerto Escondido proporcionan la mejor información disponible acerca del surgimiento de las sociedades diferenciadas por rangos en Honduras. El estrato inferior del sitio es acerámico y puede representar la utilización de tal asentamiento ribereño durante el Periodo Arcaico Tardío (Joyce y Henderson 2007). En este nivel se han encontrado pequeñas lascas de obsidiana local, y fragmentos de concha y hueso al interior de suelos de gley, lo que indica que esta localización ribereña fue una ubicación pantanosa en aquel tiempo (Henderson y Joyce 2004: 97; *cf.* Joyce y Henderson 2001, 2007; Joyce s.f. a). Las condiciones ecológicas generales señalan que Puerto Escondido se encontraba en un amplio valle aluvial del río Ulúa, con fácil acceso a extensos suelos fértiles y en un lugar sujeto a inundaciones periódicas. Los eventos de inundación podrían explicar, en cierta medida, la notable secuencia constructiva de Puerto Escondido, en la que las viviendas y los montículos fueron edificados hasta una altura de 3,50 metros en el transcurso de dos milenios (Joyce s.f. a).

Puerto Escondido constituyó un sitio pequeño localizado sobre un tributario menor del río principal. No hay razones para pensar que este yacimiento fuese el más importante en la región en algún periodo. Si se considera la hidrología del valle de Ulúa, parece probable que la mayoría de los complejos del Periodo Formativo Temprano se encuentran profundamente enterrados y/o fueron derrubidos paulatinamente por las fluctuaciones del cambiante curso de los ríos; de hecho, Puerto Escondido fue descubierto solo por accidente (Henderson y Joyce 1998; Joyce y Henderson 2001). Hasta el momento, los únicos otros sitios tempranos (fase Chotepe) conocidos para el valle de Ulúa son CF 80 y CR 103 —ambos ubicados en lomas junto al río Chamelecón—, y Playa de los Muertos (Joyce, comunicación personal 2008).

Las fases tempranas definidas para Puerto Escondido se muestran en la Fig. 3. La fase Barahona fue testigo del primer uso de cerámica en el valle de Ulúa (Joyce y Henderson 2001; Henderson y Joyce 2004), pero, no obstante, se desconocen figurillas cerámicas para esta época (Joyce y Henderson 2002, 2003, 2007; Joyce 2003, 2007). Los instrumentos líticos eran hechos de lascas de obsidiana procedente de yacimientos disponibles en Honduras. En la Loma 1 se hallaron los rastros de estructuras perchedas de varas y palma debajo de una serie de construcciones sobrepuestas, y han sido encontradas ocupaciones contemporáneas en otras dos zonas del sitio (Henderson y Joyce 2004: 96; Joyce s.f. a). La distancia entre dichas viviendas demuestra que Puerto Escondido era una pequeña aldea que se extendía, por lo menos, varias hectáreas.

Los datos resultan evidentemente escasos, pero no existe ningún indicio que sugiera la presencia de sociedades diferenciadas por rangos durante la época barahona. De hecho, no se han recuperado entierros de las tres primeras fases cerámicas del sitio (Joyce y Henderson 2001, 2002, 2003; Joyce s.f. a). La única evidencia que se tiene para trabajar son los cambios presentes en los inventarios cerámicos, algunas figurillas para fases más tardías (alrededor de 1100 a.C.) y la secuencia constructiva. La cerámica más antigua muestra pocas similitudes con vajillas contemporáneas conocidas en regiones distantes e indica cierto contacto difuso entre poblaciones, pero las vasijas cerámicas de Puerto Escondido resultan fundamentalmente locales y representan una tradición única (Joyce y Henderson 2001, 2002, 2003; Henderson y Joyce 2004, 2006). El principal cambio en la cerámica ocurrió con la llegada de la fase Chotepe, alrededor de 1150 a.C., como resulta evidente por la aparición de diseños incisos similares a aquellos conocidos para San Lorenzo (Henderson y Joyce 1998; Joyce y Henderson 2002, 2003, 2007). También se produjeron nuevas vajillas y figurillas cerámicas que refuerzan la impresión de un contacto significativo entre lejanas poblaciones de Mesoamérica en aquella etapa. Se han encontrado algunos fragmentos de figurillas sólidas y huecas con engobe en basurales de la fase Chotepe en Puerto Escondido. Varias figurillas de dichos estilos tempranos son conocidas en colecciones de museos, lo que sugiere que algunas de ellas podrían haber sido ofrendas funerarias (Joyce 2003, 2007, s.f. b). Junto con estos cambios se dieron variaciones significativas en el intercambio a larga distancia, pero el más evidente de ellos fue la importación, por primera vez, de láminas de obsidiana retocadas a presión procedente de dos yacimientos de Guatemala: Ixtepeque y El Chayal (Henderson y Joyce 2004; Joyce y Henderson 2002, 2003).

Resulta necesario realizar una mayor cantidad de trabajo para poder llenar los vacíos en los detalles clave para este caso promisorio en el surgimiento de las sociedades diferenciadas por rangos en los límites orientales de Protomesoamérica. La información sobre la secuencia constructiva, en conjunto con los escasos datos disponibles sobre los cambios diacrónicos en los artefactos domésticos, sugiere que los pobladores del valle inferior de Ulúa estaban organizados en sociedades diferenciadas por rangos o jefaturas simples hacia el final de la fase Ocotillo, alrededor de 1300 a 1200 a.C. Ello colocaría tales eventos de manera casi contemporánea con aquellos descritos anteriormente para San Lorenzo. La principal evidencia arqueológica procedente de Puerto Escondido es su historia constructiva.

Lo que se sabe acerca de Puerto Escondido es que en el sitio fue construida una plataforma escalonada de tierra con un acabado de estuco (4C-1) durante el Periodo Formativo Medio, tal vez a partir de 900 a.C. (Joyce y Henderson 2002: 10; 2007; cf. Henderson 2001; Joyce s.f. a). Esta plataforma revestida de piedra cubrió y preservó una serie de estructuras domésticas superpuestas que se remontaban, al menos, siete siglos atrás (Joyce y Henderson 2002, 2003, 2007; Henderson y Joyce 2004; Joyce s.f. a). Esta secuencia de viviendas recuerda a aquella del Montículo 6 de Paso de la Amada, en el que se levantó y reconstruyó una residencia especial a lo largo de un periodo de 400 años. Tal constancia respecto de una unidad doméstica con una sola ubicación resulta una prueba poderosa de la propiedad hereditaria; sin embargo, aún deberá ser determinado si ello representaba, también, la existencia de privilegios hereditarios. Las limitadas excavaciones efectuadas en la Loma 1 de Puerto Escondido así lo indican hacia el lapso entre 1300 a 1200 a.C.:

El trabajo invertido en la construcción de la vivienda, y la consecuente duración de las estructuras de Puerto Escondido, se incrementó notablemente en los siglos posteriores a 1300 a.C. Por ejemplo, se registró un depósito de 36 centímetros de recubrimientos y rellenos de pisos para [...] [la Estructura 4A-1] [...] en marcado contraste con el promedio de 16 centímetros de rellenos constructivos hallado en cada una de las estructuras precedentes. La nueva estructura presentaba una mayor edificación sustancial de muros, con evidencias de trincheras para

los muros y restos de recubrimientos de arcilla. No se debe dar por sentada tal inversión constructiva adicional. Es probable que, en este lugar, las viviendas no requiriesen de una construcción tan sólida, como lo mostró la secuencia previa de estructuras más precederas. Si se considera la historia existente acerca de la construcción de la vivienda, las nuevas técnicas podrían representar una innovación más visible socialmente al interior de la aldea, por cuyo medio los habitantes de la nueva y mejor construida residencia podrían haberse distinguido de los otros individuos en la aldea que continuaban ocupando estructuras de varas sin gruesos recubrimientos de estuco, zanjas formales para los muros y otros elementos más duraderos (Joyce s.f. a: 60).

La importancia de tales edificaciones fue reforzada por las ofrendas asociadas a ellas:

Se trata de dos ofrendas dispuestas debajo de una plataforma de piedras durante la fase Ocotillo (1400-1100 a.C. ...), la primera ofrenda está compuesta de 12 nódulos de materia prima, cuatro lascas retocadas y cinco fragmentos de nódulos trabajados. Junto a la otra ofrenda, un cinturón de conchas, la obsidiana probablemente conformaba un depósito para dedicar la plataforma, el más antiguo edificio de piedra en el sitio de Puerto Escondido (Joyce y Henderson 2002: 12).

La comparación de las evidencias constructivas recuperadas sugiere que las estructuras de la fase Ocotillo en la Loma 1 eran más elaboradas, mejor construidas y más frecuentemente reconstruidas que aquellas ubicadas en otras áreas del complejo, por lo que, en conjunto, representan diferencias materiales esperadas de la existencia de privilegios hereditarios. En ese sentido, se cuenta con evidencias similares acerca de los mayas tempranos de Belice.

2.4. Los mayas del centro de Belice

La ocupación en las tierras bajas mayas se remonta al Paleolítico, aunque no existe evidencia clara de un establecimiento ininterrumpido a lo largo del Periodo Arcaico. Las afirmaciones acerca de una secuencia continua se basan en los estilos de puntas de proyectil y en las fechas postuladas para cada uno de ellos (véase MacNeish 1986, 2001), pero tales aseveraciones no han sido verificadas y resultan dudosas (Voorhies y Metcalfe 2007: 174; cf. Lohse *et al.* 2006). De acuerdo con los datos procedentes de las excavaciones, los primeros pobladores arcaicos aparecen en Belice alrededor de 3800 a.C. Las sociedades tribales persistieron allí hasta 1000-800 a.C., el periodo en el que se produjo la dispersión de las diferencias de rangos sociales en las tierras bajas mayas (Clark y Cheetham 2002).

La base cronológica para la comprensión del surgimiento de la complejidad social en las tierras bajas mayas reside en el horizonte cerámico Mamom, de 900 a 350 a.C. La cerámica mamom fue descubierta en las tierras bajas en Uaxactún, en el norte de Guatemala (Ricketson y Ricketson 1937), y constituyó la primera evidencia de un periodo aldeano antecedente a la civilización maya. Desde entonces, la cerámica mamom se ha convertido en el distintivo de los mayas de las tierras bajas del Preclásico Medio. Las investigaciones subsecuentes revelaron la presencia de esta cerámica monocroma diagnóstica, de color rojo intenso, a todo lo largo de las tierras bajas, y que conforma la más temprana en la mayor parte de los sitios. Sin embargo, se han identificado vasijas aún más antiguas en el norte de Guatemala y en Belice. A diferencia de las vajillas lustrosas del estilo Mamom, la cerámica que la antecede resulta estilísticamente diversa. Las diferencias evidentes entre tales conjuntos cerámicos tempranos, en especial en sus vajillas domésticas, parecen señalar, al menos, cuatro grupos tribales separados (Clark y Cheetham 2002; Cheetham *et al.* 2003). En contraste, las características compartidas de las vasijas de lujo representan la consolidación de estilos y la creciente interacción cultural presente en estas mismas poblaciones anteriores a los productores de ese estilo. Las consecuencias de dicha interacción pronto llevarían al surgimiento y/o promulgación de las jefaturas a lo largo de las tierras bajas mayas durante el Periodo Formativo Medio. Tal interacción y desarrollo se hallaban bastante avanzados durante la época anterior a Mamom, cuando el sedentarismo aldeano comenzaba a dejar su huella en el paisaje.

Debido al auge en las actividades de investigación que se ha dado en el norte de Belice durante los últimos 20 años, esta región presume ahora de tener el mejor registro de ocupación del Periodo Arcaico Tardío de toda Mesoamérica (véase Clark y Cheetham 2002; Lohse *et al.* 2006). Es la única área donde

puede ser trazada la transición de los asentamientos del Periodo Arcaico Tardío hasta las primeras aldeas sin ninguna separación espacial o temporal. Sin embargo, la información sobre las primeras aldeas agrícolas aún es mínima.

Las claves para comprender el caso de Belice son las excavaciones de Colhá y del pantano Pulltrouser (Fig. 1). Colhá fue un área de obtención de grandes nódulos de pedernal de alta calidad explotada para la manufactura de herramientas de piedra tallada que comenzó en el Periodo Precerámico y continuó a lo largo de toda la época prehispánica. Las excavaciones en el sitio han encontrado, fechado y definido dos componentes precerámicos para el Periodo Arcaico Tardío (Iceland *et al.* 1995; Hester *et al.* 1996; Iceland 1997; Lohse *et al.* 2006). Las excavaciones menores efectuadas en el pantano Pulltrouser, al noroeste de Colhá, han verificado el fechado temprano de algunas de las herramientas precerámicas de piedra en un contexto habitacional más que en uno de producción (Pohl *et al.* 1996). Los núcleos de sedimento obtenidos del pantano Pulltrouser, así como del pantano Cobweb —ubicado a 300 metros del componente principal del Periodo Arcaico Tardío de Colhá— proporcionaron interesantes registros de polen que indican cambios significativos en las actividades de subsistencia (véase Hester *et al.* 1996; Pohl *et al.* 1996). Sobre la base de estos datos, Harry Iceland (1997) definió los complejos de herramientas de piedra tallada de los periodos Precerámico Temprano y Precerámico Tardío. Las excavaciones realizadas en sitios especializados en la producción de herramientas (Colhá y Kelly) han documentado un Periodo Precerámico Temprano (c. 3800-2300 a.C.), lo que concuerda con una fuerte evidencia de polen de plantas cultivadas. Según la síntesis presentada por Mary Pohl y sus colegas (1996), los perfiles de polen y partículas de carbón verifican que la mandioca y el maíz doméstico más antiguos se fechan antes de 3800 a.C., que la evidencia de desmonte de la selva por medio de quemas —presumiblemente debido a la agricultura de roza y quema— se vuelve notoria hacia 3100 a.C. y que resulta notable una intensificación de la agricultura que aprovechaba los humedales entre 1750 a 1500 a.C., hacia el final de dicha etapa.

Las excavaciones en Colhá, Kelly y Pulltrouser identificaron dos tipos de yacimientos. Algunos sitios precerámicos eran campos especializados de explotación de recursos en los que se trabajaban los nódulos de pedernal disponibles localmente para producir diversas herramientas. Otros sitios representaban aldeas donde, entre otras cosas, eran utilizadas estas mismas herramientas. Tal diferencia en la función sugiere una organización logística de actividades realizadas en sitios de cantera y producción, organizados a partir de campamentos-base o caseríos semipermanentes de agricultores de tala y quema. Colhá constituyó tanto un sitio especializado en la producción de herramientas como una aldea agrícola. Entre los desechos de manufactura hay herramientas líticas usadas y renovadas (Iceland 1997: 107); sin embargo, no se han registrado evidencias claras de residencias permanentes o elementos domésticos. Los desechos de ocupaciones primarias en Colhá han sido recuperados de unas cuantas excavaciones practicadas alrededor del ojo de agua adyacente al pantano Cobweb, pero «han sido hallados unificiales restringidos en las excavaciones realizadas en todos los cuatro cuadrantes del sitio en una amplia porción del yacimiento, lo que sugiere la posibilidad de una comunidad precerámica de tamaño considerable» (Iceland 1997: 209). Los restos del Periodo Precerámico Tardío se extienden por más de 300 hectáreas, lo que apunta a un grupo poco concentrado y, tal vez, el uso recurrente de un área general a lo largo de los dos milenios de esa época. El sitio de Cayo Coco, recientemente reportado, situado al noreste de Colhá, tenía una extensión mínima de 150 metros cuadrados, y en el vecino sitio Fred Smith se ha documentado una dispersión de artefactos líticos precerámicos de más de 400 metros cuadrados de extensión (Rosenswig 2001, 2002, 2004; Rosenswig y Masson 2001). Estos conforman los únicos datos actualmente disponibles para calcular el tamaño de los asentamientos del Precerámico Tardío en las tierras bajas mayas.

A escala regional, la consideración de la distribución de artefactos de piedra tallada para el Precerámico Temprano y Tardío permite un cálculo general de los asentamientos antes de la aparición de las aldeas sedentarias:

Los variados ambientes que fueron explotados durante el Precerámico Temprano en el norte de Belice sugieren que los pobladores pueden haber seguido una estrategia de subsistencia similar a aquella propuesta para Chantuto [Chiapas], con asentamientos permanentes o semipermanentes que tenían acceso a recursos de las tierras elevadas y del margen de los pantanos, como Colhá y Pulltrouser, que hacían las veces de bases residenciales,

al tiempo que se explotaban recursos de ubicaciones especializadas en la cadena montañosa cubierta de pinos y en las áreas costeras sobre una base estacional. [...] Esta combinación de producción de pedernal y cultivo de humedales que domina en el registro arqueológico del Precerámico Temprano en Colhá y el pantano Cobweb, y su presencia deben haber impulsado el sedentarismo para controlar los recursos permanentes en una época en que, seguramente, las densidades demográficas iban en aumento (Iceland 1997: 287-288).

Los estudios han identificado como elementos característicos del Periodo Precerámico Temprano los grandes bifaciales con pedestal (puntas de estilo Lowe) (Kelly 1993; Iceland 1997; Lohse *et al.* 2006). Thomas Kelly propone que estos impresionantes bifaciales pedunculados, cuyas dimensiones promedio están entre 9,3 centímetros de largo y 6 centímetros de ancho, pueden haber sido usados como parte de lanzas u arpones (Kelly 1993: 215). Iceland (1997) no comparte esta interpretación al considerar la distribución de las puntas a lo largo de diversas zonas ambientales. Las puntas lowe se asemejan a la parte perdurable de los cuchillos enmangados. Las herramientas que el autor ha podido examinar muestran retoque en ambas caras que tienen filos biselados (véase Kelly 1993: 210), y parecen haber sido retocadas mientras se encontraban aún en su empuñadura. Otros artefactos de piedra distintivos del Periodo Precerámico Temprano eran enormes macrolascas de hasta 25 centímetros de largo, grandes núcleos, lascas puntiagudas y pequeñas láminas-lascas (Iceland 1997: 29).

Los artefactos diagnósticos de piedra tallada para la etapa siguiente, el Periodo Precerámico Tardío (1750-950 a.C.) son los unifaciales en forma de raqueta (Gibson 1991; Iceland 1997; Lohse *et al.* 2006; Rosenswig 2006a). Los estudios de huellas de uso revelan que fueron utilizadas como azadones, instrumentos para trabajar madera y, de forma ocasional, como coas (Iceland 1997: 229; *cf.* Gibson 1991; Hudler y Lohse 1994). Todos estos usos se relacionan con la limpieza de la vegetación y la preparación de los campos. Otras herramientas líticas de este complejo posterior incluyen núcleos y macroláminas, bifaces y láminas de retoque abrupto, formas e instrumentos que resultan de utilidad para múltiples labores de corte y raspado (Iceland 1997: 28-29). Las piedras de molienda para el procesamiento de maíz o mandioca se encuentran notoriamente ausentes en estos inventarios precerámicos. Sin embargo, la inexistencia de artefactos para moler y machacar puede ser debida a los contextos especiales representados en la muestra arqueológica; la mayoría de las excavaciones fueron efectuadas en áreas de producción de herramientas de piedra tallada más que en zonas habitacionales. En algunos sitios precerámicos los morteros y cuencos de piedra se asocian con los unifaciales adelgazados (Zeitlin 1984; *cf.* Iceland 1997: 183), por lo que podrían ser atribuidos al Periodo Arcaico Tardío. Pohl y sus colegas (1996: 365-366) reportan fragmentos de manos y metates en depósitos del Precerámico Tardío en cuatro de sus excavaciones.

La distribución de los sitios del Precerámico Temprano y Tardío en el norte de Belice resulta casi idéntica, lo que sugiere la continuidad y la estabilidad de las poblaciones del Periodo Arcaico Tardío y la explotación de la misma gama de recursos naturales (Clark y Cheetham 2002; Lohse *et al.* 2006). El territorio señalado por la distribución de las herramientas de piedra del Periodo Arcaico fue, luego, el hogar de dos grupos diferentes, según resulta evidente en los conjuntos cerámicos contemporáneos Cunil y Swasey (véase la discusión en Clark y Cheetham 2002). La adopción de las artes cerámicas en el territorio de Cunil, en el centro de Belice, concuerda con el sedentarismo aldeano. Las instituciones de diferenciación por rangos sociales siguieron de cerca a las primeras evidencias de cerámica y vida aldeana. Jaime Awe planteó un argumento sostenible para la presencia de diferencias en Cahal Pech, Belice. Él calculó que tal diferenciación existía ya alrededor de 1150 a.C., para los inicios de la fase, pero sus datos acerca del supuesto consumo privilegiado de bienes foráneos y arquitectura doméstica especial demuestran que los rangos sociales comenzaron hacia el final de aquella, cerca de 1000 a.C. (Awe 1992).

El pequeño caserío de Cahal Pech, ubicado sobre una colina, tenía una extensión de 0,75 hectáreas, pero había otros localizados sobre diversas elevaciones en un área de 2 kilómetros (Cheetham 1998: 20). Otro asentamiento de menores dimensiones, pero con arquitectura pública, se encuentra en Blackman Eddy, ubicado 20 kilómetros río abajo y al este de Cahal Pech (Garber *et al.* 2004). El arreglo disperso de caseríos pequeños en la región más grande de Cahal Pech resulta comparable al agrupamiento aldeano registrado para Paso de la Amada durante la fase Barra. Se calcula un total de 75 a 150 personas para la región de Cahal Pech en la fase Cunil.

La evidencia para la presencia de una sociedad diferenciada por rangos en Cahal Pech se encuentra en las disparidades en el consumo. La mejor información procede de 12 excavaciones efectuadas en la Plaza B, que revelaron los restos de cuatro estructuras residenciales y sus desechos asociados. Los nuevos datos muestran el consumo privilegiado de artefactos de jade, vasijas incisas y arquitectura doméstica de carácter especial (Cheetham 1996, 1998; Clark y Cheetham 2002). No se han encontrado entierros humanos para este tiempo en la región. Una de las cuatro residencias resultó más lujosa que las otras y allí se hallaron más bienes especiales que en cualquier otro lugar. Los artefactos procedentes de otras áreas incluyeron piezas de mosaicos de jade, cuentas de concha marina, lascas de obsidiana importada de las tierras altas de Guatemala (Awe 1992: 341; Awe y Healy 1994) y vasijas especiales con cruces, posibles diseños de alas de ave y otros motivos incisos (Cheetham 1998: fig. 8). Los motivos de estas vasijas muestran una semejanza estilística con aquellos de Oaxaca y otros lugares, y constituyen una evidencia sólida de conexiones e influencias foráneas en Cahal Pech hacia 1100 a.C. El hecho de que tales vasijas incisas aparezcan solo en la residencia más elaborada y no en las demás implica un acceso desigual y, posiblemente, algunos beneficios derivados de ello (Cheetham 1995, 1998).

La residencia más elaborada de Cahal Pech es la Estructura B-IV 10a-sub. Fue preservada al quedar cubierta por las ampliaciones de los edificios posteriores. La Estructura B-IV tiene una larga historia: sus 14 episodios constructivos cubren toda la secuencia ocupacional de Cahal Pech, desde 1150 a.C. hasta 900 d.C., e incluso puede estar sobrepuesta a un delgado depósito del Periodo Arcaico Tardío. Su nivel inferior parece ser acerámico (Cheetham 1995: 27; 1998: 21). En su configuración tardía, la Estructura B-IV era un modesto templo ubicado en una plaza formal. Los edificios más tempranos ubicados debajo de los templos superpuestos resultan de interés. La Estructura B-IV comenzó como una modesta residencia que fue reconstruida y elaborada con el paso del tiempo, y su ubicación fue designada, luego, como un lugar valioso para albergar un adoratorio público:

El ejemplo más elaborado de la arquitectura de la fase Cunil (la Estructura B-IV 10a-sub) es, también, el último edificio de la fase Cunil en la secuencia de la Estructura IV. [...] [La Estructura] 10a-sub consistía de una edificación de varas y paja recubierta de estuco, colocada sobre una plataforma estucada de 20 centímetros de altura con el acceso (o eje principal) orientado ligeramente al oeste del Norte magnético. El piso interior de este edificio, que también estaba estucado, era 20 centímetros más bajo que la plataforma en la que se ubicaba la construcción. Una «banqueta», de 65 centímetros de ancho, cubierta con estuco calizo, se adosa al muro interior este; una banqueta similar probablemente bordeaba el muro oeste también. Los muros exteriores de la Estructura 10a-sub estaban decorados en forma «vetuada» —al estilo de los postes de los barberos— con bandas verticales de pintura roja ligera [...] (Cheetham 1998: 22).

Otras residencias de la fase Cunil, descubiertas bajo el área nivelada de la Plaza B, fueron construidas sobre plataformas bajas, con apisonados hechos de una mezcla de tierra, arcilla y arena caliza. Las superestructuras eran de varas y paja. No fue utilizado estuco de cal dentro o fuera de estos edificios, ni tampoco se pintaron sus muros exteriores (Cheetham 1996, 1998: 21). Las construcciones más antiguas debajo de 10a-sub eran similares a estas residencias cunil, y tenían apisonados de tierra-arcilla-arena, así como superestructuras de varas y palma, pero con pisos estucados. Asociados a estos edificios se hallaron desechos domésticos comunes —los pisos 11 y 12 en la Estructura B-IV— (Awe 1992: 205-208). Los edificios posteriores (10a-sub, 10b, 10c) también incluyeron más de una estructura. David Cheetham planteó que las unidades domésticas comunes comprendían una vivienda principal, y una o más estructuras extra (Cheetham 1996, 1998). El hecho de que tales residencias tempranas no fuesen muy elaboradas permite pensar que la sociedad jerárquica no comenzó con la fundación de Cahal Pech. Los habitantes de estas modestas viviendas tenían acceso al jade y a las cuentas de concha marina, así como a la obsidiana, aunque en menores cantidades que sus vecinos de la Estructura 10a-sub.

¿Fue la Estructura B-IV 10a-sub de Cahal Pech un edificio de carácter ritual o una vivienda? La opinión de Awe es que «[...] [l]a gran cantidad y variedad de los artefactos, además del origen exótico de varios elementos (jade, obsidiana y concha marina) dentro de la Ofrenda 1 [hallada sobre el piso] indica que la Estructura B-4 pudo ser la vivienda de una familia rica o que fue utilizada para importantes funciones

rituales» (Awe 1992: 342). Él optó por la primera opción, mientras que el autor del presente trabajo interpreta tal estructura como una vivienda y evidencia de desigualdad hereditaria.

Ninguna de las estructuras consecutivas en la secuencia de B-IV fue idéntica. Hubo una consistente elaboración y ampliación en el transcurso del tiempo, con un cambio eventual en su forma y función (Awe 1992: 133-136; Cheetham 1996). La última vivienda de la fase Cunil en este lugar fue deliberadamente quemada y se dejó sobre el piso al menos una ofrenda de objetos (Awe 1992: 121-123). Awe (1992: 135, 341) consideraba que esta, designada como Ofrenda 1 (*Cache* 1), conformada por 133 piezas, tuvo un carácter de clausura. Incluía objetos especiales que pueden haber sido elementos de atavío o partes de una máscara, tal como tres piezas de mosaico de jade tallado, un colmillo canino y un omóplato de pecarí perforados, y 19 cuentas de concha marina. El ritual de clausura puede haber incluido la quema de la vivienda para conmemorar la muerte de un líder de la aldea que hubiese habitado allí, mientras que las construcciones posteriores funcionaron como santuarios en su memoria y, después, como templos. Esta podría representar la secuencia natural para la veneración de los ancestros (véase McAnany 1995). Los materiales ofrendados pueden haber sido varias de las pertenencias personales del líder, y algunos de tales elementos pueden haber conformado indicadores de atavío y poseído posibles funciones chamánicas.

Los eventos y circunstancias que llevaron al surgimiento de la sociedad diferenciada por rangos en Cahal Pech no resultan todavía claros, pero parecen haber involucrado alguna forma de logros sociales tal como se ha propuesto para otras comunidades. Los artefactos especiales hallados en asociación con la Estructura B-IV 10a-sub indican que esta vivienda estaba involucrada en el intercambio a larga distancia, la acumulación y, tal vez, la innovación cerámica. También se puede sostener el argumento de una participación en actividades rituales y chamanismo (véase Cheetham 1998). Por el momento, todos los casos considerados de las tierras bajas de Protomesoamérica sugieren que la participación en rituales constituyó un aspecto fundamental en el liderazgo de las aldeas tribales y, tal vez, fue parte de su eventual transformación hacia la diferenciación social por rangos.

3. Las jefaturas de la sierra

Las condiciones ecológicas en las tierras altas semiáridas de México divergen, en forma significativa, de los cuatro casos de tierras bajas antes analizados y, por ello, con frecuencia se piensa que conllevan importantes diferencias en la evolución de la complejidad social. Debido a la relevancia de la historia del valle de Tehuacán en las ideas tempranas acerca de la evolución del cultivo del maíz y la civilización mesoamericana, los ejemplos del altiplano han recibido mayor notoriedad que otros. Los mejores datos se encuentran disponibles para el valle de Oaxaca y para el surgimiento de la gran aldea de San José Mogote como precursora de la ciudad de Monte Albán.

3.1. Los protozapotecas del valle de Oaxaca

La secuencia del valle de Oaxaca se extiende hasta 11.000 a.C. y continúa en forma ininterrumpida hasta la actualidad (Flannery *et al.* 1981; Marcus y Flannery 1996; Voorhies y Metcalfe 2007). Las ocupaciones tempranas de este valle semiárido son conocidas en cuevas, abrigos rocosos y algunos sitios abiertos. Las posteriores se acumularon sobre los bancos de los ríos que bisecan los tres largos brazos que conforman el gran valle de Oaxaca. Solo dos yacimientos —Cueva Blanca y el abrigo rocoso Martínez— han sido reportados para el periodo crucial de 3800-1800 a.C., justo antes del surgimiento de la vida aldeana, y la evidencia para tales sitios resulta notablemente exigua (Marcus y Flannery 1996: 59). Este intervalo de 2000 años del Periodo Arcaico Tardío es también la época menos conocida en la secuencia del vecino valle de Tehuacán (MacNeish 1972; *cf.* Niederberger 1979; Voorhies y Metcalfe 2007). Sin embargo, a pesar de esta carencia en la secuencia del Arcaico, los datos de Oaxaca proporcionan un valioso registro de las tribus aldeanas desde 1850 a.C. hasta el advenimiento de las sociedades diferenciadas por rangos alrededor de 1300 a 1200 a.C. Las investigaciones acerca del patrón de asentamiento para las fases subsiguientes del Periodo Formativo Temprano, en conjunto con los datos procedentes de las amplias excavaciones de viviendas y complejos domésticos, proporcionan información sobre la posible evolución de las jefaturas aldeanas en Oaxaca.

Los datos de Oaxaca y Tehuacán señalan la permanencia de las sociedades organizadas como bandas hasta después de 5500 a.C. Los grupos que habitaban los valles semiáridos de Tehuacán y Oaxaca parecen haber adoptado la horticultura y las maneras tribales después de que lo hiciesen los grupos de las tierras bajas (véase Piperno y Pearsall 1998: 314). A diferencia de los pobladores lacustres del templado valle de México —lo que se discute más adelante— y de los cazadores-pescadores-recolectores de las tierras bajas neotropicales, los habitantes del Periodo Arcaico Tardío de Oaxaca y Tehuacán siguieron un patrón más nómada de caza generalizada. Para el valle de Tehuacán, Kent Flannery y Joyce Marcus adoptaron la interpretación de Richard MacNeish (1964, 1972) acerca de los pequeños campamentos y las superficies de ocupación en cuevas y abrigos rocosos como campamentos estacionales dejados por microbandas constituidas por cuatro a seis personas. Durante ciertas temporadas del año, diversas bandas pequeñas podrían haberse reunido en una macrobanda —de 15 a 25 personas— para aprovechar recursos abundantes (Marcus y Flannery 1996: 52). Las superficies de ocupación en las cuevas y abrigos rocosos de Oaxaca son el resultado del uso estacional de pequeños grupos mixtos de hombres, mujeres y niños. Flannery y sus colegas interpretaron los datos de Oaxaca entre 9400 a 3800 a.C. como evidencias de la presencia de bandas, con un cambio importante de la estrategia de caza generalizada hacia la recolección ocurrido alrededor de 3800 a.C. (Flannery *et al.* 1981: 57, tabla 3-1; *cf.* MacNeish 1972; Marcus y Flannery 1996: 61). En particular, la escasa evidencia del Periodo Arcaico Tardío procedente de Cueva Blanca sugiere que constituía un campo logístico conformado por hombres cazadores de venados más que un campamento de microbandas típico de los periodos anteriores. Ello señala un cambio en las prácticas de subsistencia y movilidad desde los sitios de caza generalizada a campamentos-base o campamentos logísticos, lo que podría indicar los inicios de la organización tribal. Marcus y Flannery calcularon una población total de entre 75 a 150 personas para el Periodo Arcaico Tardío en los 2000 kilómetros cuadrados del valle de Oaxaca (Marcus y Flannery 1996: 53).

De particular interés resultan los datos de un sitio ubicado al aire libre debido a que aportan información sobre posibles instituciones igualitarias. Gheo-Shih, un asentamiento del Periodo Arcaico Medio (5500-4800 a.C.) de 1,50 hectáreas de extensión, es considerado como un campamento de macrobandas utilizado de junio a agosto para explotar las vainas del árbol de mezquite que producían «180 a 200 kilos de porciones comestibles por hectárea» (Flannery *et al.* 1981: 62). Se ha interpretado un espacio abierto rectangular de 20 por 7 metros en la parte central, con sus extremos más largos delimitados por rocas, como un «área de danza» (Flannery *et al.* 1981: 62; Marcus y Flannery 1996: 58; *cf.* Flannery 2001). Hay evidencias de pequeños refugios rústicos o paravientos ubicados alrededor del área central, y existen posibles indicios de la manufactura especial de cuentas de cantos rodados en dicha zona habitacional (Marcus y Flannery 1996: 59). Todos estos datos revelan diversos mecanismos integradores al nivel de la banda que tenían como fin promover la cohesión del grupo en los albores de la vida tribal. Se piensa que pudieron haber sido desarrolladas otras actividades durante las reuniones estacionales en sitios como Gheo-Shih, entre ellas «rituales de grupo, entrega de regalos, intercambios y, tal vez, incluso iniciaciones y cortejos» (Marcus y Flannery 1996: 53). Muchas de estas actividades continuaron siendo las prácticas básicas de la interacción social en tiempos posteriores. Con el surgimiento de los grupos de aldeas autónomas, se destaca la importancia de un par de creencias y prácticas adicionales: «[u]na fue la creencia en la descendencia de un ancestro común. La otra fue la afiliación en fraternidades en las que había que ser iniciado» (Marcus y Flannery 1996: 25).

Las pruebas para tan notables inferencias proceden de los análisis de la vida aldeana durante la fase Tierras Largas (1750-1300 a.C.) y la primera mitad de la siguiente fase, San José (1300-900 a.C.). Se encontró cerámica aún más temprana y una estructura doméstica correspondiente a una efímera ocupación espiridión (1850-1750 a.C.), pero los tuestos están, en la actualidad, limitados a una sola pequeña excavación en el sitio de San José Mogote, la principal aldea del Periodo Formativo Temprano en el valle de Oaxaca (Marcus y Flannery 1996: 75). La cerámica de la fase Tierras Largas es la primera fácilmente reconocible y ampliamente distribuida en la región. Durante ella, los asentamientos se extendieron a lo largo de los tres brazos del valle de Oaxaca, con 19 sitios conocidos. Se calculó que entre 463 a 925 personas ocupaban dichos ramales del valle hacia el final de esta fase (Marcus y Flannery 1996: 78). La mayoría habitaba en caseríos muy dispersos, de 1 a 3 hectáreas de extensión, mientras que San José Mogote era la

excepción a la regla, ya que contaba con 7 hectáreas. La población de esta gran aldea estaba disgregada en «nueve áreas residenciales diferentes», con una población estimada de entre 71 a 186 personas. Cada sector residencial tenía, aproximadamente, el tamaño de uno de los pequeños caseríos circundantes que parecen haber albergado entre 25 a 50 personas. Esos caseríos comprendían entre cinco a 10 pequeñas viviendas, confortablemente separadas, para el acomodo de cuatro a cinco personas, cada una con su propio patio y pozos subterráneos de almacenamiento. Más del 50% de la población del valle se encontraba dispersa alrededor de San José Mogote en el ramal norte del valle, el lugar con los suelos y las condiciones ecológicas más favorables para el cultivo del frijol, la calabaza, el maíz y el chile, así como el mejor acceso a las laderas montañosas adyacentes para la obtención de diversas materias primas y alimentos (Marcus y Flannery 1996: 81-82).

San José Mogote fue una de las primeras aldeas en Mesoamérica, y la mayor de Oaxaca durante el Periodo Formativo Tardío. Hacia 1600 a.C. era una aldea de carácter igualitario de cerca de 180 habitantes (Marcus y Flannery 1996: 79), y, con el tiempo, prosperó en tamaño e importancia. Durante la fase San José creció hasta su máxima extensión de 70 hectáreas y albergó una población de 1000 habitantes, la mitad de los moradores del valle en aquel momento (Marcus y Flannery 1996: 106). Después de 1300 a.C. ocurrió allí una importante transformación social con la aparición de la sociedad diferenciada por rangos y los líderes hereditarios (Marcus y Flannery 1996: 93, 106; Flannery y Marcus 2005: 466). Después, hacia 1000 a.C., esta misma comunidad presencié el surgimiento de amplias plataformas basales escalonadas de piedra y adobe (Flannery y Marcus 2005: 466).

Cerca del límite occidental del agrupamiento de aldeas de San José Mogote, Flannery y sus colaboradores descubrieron varios edificios públicos pequeños de la fase Tierras Largas. La construcción especial de dichos edificios, así como su forma, orientación, tratamiento y elementos, la distinguen de las viviendas (Flannery y Marcus 1976: 210-211). Estos estudiosos interpretaron tales edificaciones como el antiguo equivalente oaxaqueño de las Casas de Hombres (*men's houses*): «Periódicamente cada uno de estos edificios era destruido y se construía uno nuevo prácticamente en el mismo lugar. Al no medir más de 4 por 6 metros, tales construcciones solo podrían haber albergado a una fracción de la comunidad» (Marcus y Flannery 1996: 87). Estas pudieron haber funcionado como «[...] estructuras de acceso limitado donde un pequeño número de hombres, ya iniciados, podían reunirse para planear ataques o cacerías, realizar rituales agrícolas, fumar o ingerir plantas sagradas, y/o comunicarse con los espíritus» (Marcus y Flannery 1996: 87). Todas esas prácticas y ritos pudieron haber servido para distender las tensiones sociales entre los aldeanos.

La veneración de los ancestros y el principio del linaje han sido deducidos a partir de las figurillas cerámicas tempranas y de las vasijas algo más tardías grabadas con diseños de criaturas sobrenaturales interpretadas como el Terremoto (tierra) y el Rayo (cielo), fuerzas duales de la naturaleza que fueron importantes incluso para los descendientes zapotecas de los antiguos pobladores de Oaxaca (Marcus y Flannery 1996: 95). La veneración a los ancestros era fundamental para la integración social puesto que: «[u]n individuo está integrado dentro de un grupo mayor de parientes por una ascendencia compartida; los espíritus de los ancestros son invitados a tomar parte en las actividades de sus descendientes; la presencia continua de los ancestros, ya sea en forma de entierros o como restos óseos preservados, hace que prosperen los cultivos y se obtenga el éxito en la guerra, lo que refuerza el derecho propio a un sector particular de la tierra» (Marcus y Flannery 1996: 78).

Con la excepción de una figurilla femenina de barro hallada en niveles precerámicos en Zohapilco (Niederberger 1979), en el valle de México (véase abajo), las figurillas aparecen en Protomesoamérica después del surgimiento del sedentarismo y la adopción de la cerámica. Entre los aldeanos de la fase Tierras Largas, Marcus y Flannery (1996: 87) sostenían que «la mayoría de estas figurillas parecen representar ancestros femeninos, y formar parte del complejo ritual de la mujer centrado en el hogar. [...] había un complejo ritual separado para el hombre, enfocado en las Casas de Hombres ubicadas a cierta distancia de las viviendas». Los fragmentos de figurillas, predominantemente femeninas, resultan abundantes en los desechos domésticos, pero no se ha encontrado ninguno en las estructuras especiales consideradas como Casas de Hombres. De manera similar, los entierros se hallaron asociados a las viviendas o debajo de sus pisos, pero no en los edificios públicos especiales (Marcus y Flannery 1996: 878-888). El entierro de un ancestro propio en las inmediaciones constituye una clara afirmación de propiedad. Debió haber sido

también, fundamentalmente, un importante acto ritual para restaurar la cohesión del grupo después de la pérdida de uno de sus miembros. Marcus y Flannery (1996: 96) enfatizaron el hecho de que el tratamiento mortuorio no estandarizado y las orientaciones de las tumbas apuntaban a que cada persona que ameritaba un reconocimiento social y un entierro era tratada más como un individuo que de acuerdo con los roles sociales. Esto cambió en la fase siguiente con el surgimiento de los rangos sociales hereditarios y los entierros convencionales en cementerios especiales (Marcus y Flannery 1996: 96).

Las distinciones propuestas respecto a los clanes del Cielo y de la Tierra entre los grupos del Periodo Formativo Temprano que habitaban en Oaxaca pueden fecharse más adecuadamente en la etapa en la que el liderazgo en San José Mogote se volvió hereditario que en la fase Tierras Largas, de igualitarismo aldeano. No obstante, estas posibles diferencias de clanes son consideradas como anteriores a los orígenes de los rangos, y que solo se materializaron en vasijas cerámicas especialmente grabadas en una época posterior (Flannery y Marcus 1994: 387; para una opinión contraria, véase Clark 1997; Lesure 2000). También se consideró que tales diferencias de dicotomía se hallaban presentes a todo lo largo de Protomesoamérica, según se ha deducido a partir de la distribución de diseños semejantes entre otros grupos contemporáneos (Marcus 1999). Resulta fundamental enfatizar que las afirmaciones relacionadas con el significado de tales diseños no han sido demostradas aún en forma lógica o sustantiva y, lo más importante, que los diseños se originaron entre los olmecas de San Lorenzo, y que su presencia en San José Mogote y en otros sitios indica relaciones de intercambio con la entidad política más compleja de San Lorenzo en aquel tiempo. Entonces, es muy posible que los protozapotecas de San José Mogote adoptaran las instituciones de rangos sociales por medio de sus distantes compañeros de intercambio olmecas (Clark 1997).

Flannery y Marcus plantearon la transición a las jefaturas simples en San José Mogote y su región a partir de los grupos organizados en torno de líderes carismáticos en competencia (*big men*). Su modelo explica muchas de las actividades reconstruidas para la época Tierras Largas, así como la evolución del liderazgo hereditario durante la fase San José:

San José Mogote debe [...] haber tenido una sucesión de líderes autoseleccionados y socialmente ambiciosos que supiesen cómo convertir en obras públicas prestigiosas su excedente agrícola tan difícilmente obtenido. Tales hombres, según nos dice el registro etnográfico, acumulan más que su grupo de esposas, parientes y afines, así como un cuerpo de seguidores que obedecen sus órdenes a cambio de favores y gloria reflejada. Probablemente fue esta forma de liderazgo, y no solo la tierra de primera clase, lo que atrajo a los nueve grupos de familias hacia San José Mogote durante la fase Tierras Largas (Marcus y Flannery 1996: 88).

Como se ha señalado, entre los mokayas de la costa de Chiapas parece haber ocurrido un proceso semejante de festines y liderazgo competitivo, pero en una época anterior (Clark y Blake 1994).

3.2. Los agricultores tempranos del valle de México

Las explicaciones acerca de la evolución de las sociedades complejas en la sierra templada de México han llegado a ser paradójicas. En un ensayo que analizaba tales cuestiones, Sanders y Price (1968) consideraban que, posiblemente, las primeras civilizaciones o Estados de Mesoamérica evolucionaron en Teotihuacán, al norte de la cuenca de México, mediante un proceso de simbiosis regional. Sin embargo, los resultados de las investigaciones desarrolladas en los últimos 40 años han demostrado que Teotihuacán fue una de las civilizaciones que surgieron de forma tardía en Mesoamérica, y que los primeros desarrollos ocurrieron en las tierras bajas del Golfo (Clark 2008 ms.). La historia del surgimiento de las jefaturas o sociedades diferenciadas por rangos en el valle de México resulta igualmente problemática. Por lo menos tres comunidades del valle parecen haber construido centros con jefaturas en Tlapacoya, Tlatilco y Coapexco hacia 1300-1150 a.C. (Niederberger 1996), pero lo que resulta discutible es la carencia de antecedentes confiables para cada uno de ellos. Dichos centros muestran evidencias de contactos significativos con los olmecas de San Lorenzo —así como con otros grupos—, en el momento de la aparición de los primeros indicios de la jerarquización social (Tolstoy 1989: 98; Clark 1997). De este modo, el asunto fundamental estriba en determinar si las primeras sociedades con jefaturas del valle de México se desarrollaron en forma independiente o si fueron el resultado del préstamo de instituciones culturales de sus vecinos:

La información acerca de la composición y distribución de los sitios sugiere la existencia de una jerarquía creciente entre los asentamientos, iniciada hacia 1250 a.C. [...] Al parecer, Tlapacoya, Tlatilco —y, tal vez, alguno de los sitios cubiertos por El Pedregal— constituían asentamientos de mayor nivel en la cuenca de México; estos presentaban dimensiones superiores, mantenían poblaciones más grandes y densas, y sostenían actividades y funciones más variadas que las aldeas y caseríos contemporáneos. Los líderes de tales comunidades mayores eran capaces de controlar, política y económicamente, una constelación de aldeas satélites menores en sus territorios circundantes (Niederberger 1987: 692-704; 2000: 177).

Christine Niederberger (1996, 2000) presentó el mejor argumento para la presencia de jefaturas durante el Periodo Formativo Temprano en el valle de México. Los indicadores materiales del liderazgo y los privilegios hereditarios se encuentran en los patrones de asentamiento regionales, el tamaño de los centros regionales principales, la presencia de montículos de tipo plataforma en los sitios centrales y de entierros de alto estatus con numerosas ofrendas funerarias consistentes en bienes obtenidos por medio del intercambio a larga distancia (Niederberger 1996, 2000). Sin embargo, no todos ellos aparecen en la integridad de los sitios. Tlatilco es el más famoso de los tres centros tempranos y resulta conocido, principalmente, por los cientos de entierros que fueron rescatados en la excavación de una ladrillera (Covarrubias 1943, 1950, 1961; Piña Chan 1952, 1953, 1955, 1958; Porter 1953; Romano 1962, 1963, 1965, 1967, 1972; Piña Chan y Covarrubias 1964; Ochoa 1982, 1989, 2003; Tolstoy 1989; García Moll *et al.* 1991; Joyce 1999; Nebot García 2004). Tlatilco tenía un tamaño de, por lo menos, 20 hectáreas y fue ocupado durante los periodos Formativo Temprano y Medio (Grove 1981, 2000a, 2000b, 2001). Al interior y en medio de los entierros fueron encontrados restos de viviendas, pozos de almacenamiento y plataformas bajas de tierra (Porter 1953; Ochoa 1989; Niederberger 1996), pero la cronología de tales elementos aún debe ser trabajada (Tolstoy y Guénette 1965; Tolstoy 1978, 1989; Sanders *et al.* 1979; Ochoa 1982). Paul Tolstoy planteó que la mayor parte de los cientos de entierros rescatados en este sitio se fechan entre 1200 a 950 a.C. y que la «cerámica, figurillas, sellos, máscaras, herramientas de piedra y hueso, instrumentos musicales y adornos personales [...] sugieren una sociedad diferenciada por rangos» en dicho lugar (2001: 758):

[...] el estudio comparativo de las ofrendas funerarias muestra una variación considerable entre los individuos. Los entierros asociados muestran grupos con ofrendas limitadas o sin ellas, o con herramientas artesanales especializadas; también hay otros entierros con ofrendas ricas y variadas, pero sin elementos exóticos apreciados, y entierros de alto estatus con bienes de prestigio regionales y foráneos, como jadeíta, serpentina, conchas marinas y espejos de mineral de hierro (Niederberger 1996: 92).

El entierro de mayor estatus encontrado hasta el momento tenía un collar con 826 cuentas de jade de diferentes colores y formas, un cuenco con ocre, fragmentos de un espejo de mineral de hierro y 12 vasijas de cerámica fina (Niederberger 1996: 92).

La evidencia de Coapexco resulta ser de un tipo completamente diferente, y procede de amplias excavaciones y el reconocimiento intensivo de las 44 hectáreas de este sitio, localizado en una pequeña cordillera montañosa al este de Tlapacoya. Coapexco parece haber sido ocupado solo durante un siglo (Tolstoy 1989: 93) y haber tenido alrededor de 1600 habitantes (Tolstoy y Paradis 1970; Tolstoy y Fish 1975; Tolstoy *et al.* 1977; Tolstoy 1989). El sitio muestra, en diversos artefactos, fuertes contactos con los olmecas de las tierras bajas de la costa del Golfo. Asimismo, las diferencias en el tamaño de las viviendas y en el consumo de distintas formas de bienes sugieren algunas distinciones de rango entre las unidades domésticas (Tolstoy 1989: 97).

Para Tlapacoya se carece de pruebas respecto de cimientas de viviendas y entierros. La mayor parte del sitio fue destruida en la década de los sesenta por la construcción de una carretera. La presencia de entierros con bienes elaborados ha sido inferida a partir del tipo de elementos recuperados durante la remoción de un gran montículo con *bulldozers*, pero ninguno de ellos fue registrado por los arqueólogos. La evidencia acerca del yacimiento del Periodo Formativo Temprano procede de algunas excavaciones de sondeo y de los datos obtenidos en el transcurso de los años por diversas excavaciones de salvamento. Niederberger (2000: 179) calcula que, hacia 1200 a.C. —durante la fase Manantial—, el sitio de Tlapacoya se extendía por más de 70 hectáreas y albergaba casi la misma cantidad de habitantes deducida para el vecino centro

de Coapexco. Algunas figurillas especiales parecen representar líderes de aldea y la presencia de rangos sociales (Niederberger 1996, 2000; Clark 2004b). Tlapacoya es el único complejo del Periodo Formativo Temprano de la triada del valle de México para el que existe información disponible sobre las etapas precedentes. La trinchera de 50 metros de largo excavada por Niederberger en 1969 en las playas fósiles de Zohapilco-Tlapacoya, un conjunto multicomponente localizado en la orilla norte del lago Chalco-Xochimilco, en el sur del valle de México, proporcionó evidencias para una secuencia que abarca desde el Arcaico al Formativo (Weaver 1967; Niederberger 1976, 1979, 1987, 2000; Mirambell 1978, 2000). La información procedente de Zohapilco (el componente del Arcaico) y Tlapacoya (el correspondiente al Formativo) brinda datos limitados para establecer la transición de las tribus a las jefaturas en este ambiente lacustre. El patrón de asentamiento regional para el Periodo Arcaico aún permanece desconocido.

En Zohapilco hubo una ocupación casi continua, iniciada con la fase Playa (6400-4200 a.C.). Dos interrupciones significativas —en 4200-3100 y 2450-1650 a.C.— fueron causadas por la elevación de los niveles del lago y/o por los efectos devastadores de erupciones volcánicas locales. Niederberger (2000) planteó un proceso evolutivo local y gradual desde la protoagricultura hasta el sedentarismo, la horticultura y el surgimiento de las sociedades diferenciadas por rangos en Tlapacoya, cerca de 1350 a.C. Zohapilco fue un lugar favorable para la ocupación humana en el transcurso del tiempo debido a sus «espléndidos paisajes y abundantes recursos», y constituía un «extraordinario caudal ecológico» que proveía recursos alimenticios durante todas las temporadas del año (Niederberger 1996: 83). Como se ha señalado, la primera figurilla de arcilla cocida conocida en Protomesoamérica fue hallada en los niveles del Periodo Arcaico Tardío en este sitio, siglos antes de que aparecieran las primeras vasijas cerámicas en el registro arqueológico.

Los estudios paleoambientales y de restos arqueológicos, faunísticos y de polen revelan que las orillas del lago de agua dulce de Zohapilco fueron ocupadas a lo largo del año por comunidades pre- o protoagrícolas desde fechas tan tempranas como el séptimo milenio a.C. (Niederberger 1987, 1996). Tales pobladores tenían acceso a zonas ecológicas diversificadas y cercanas. Explotaban su ambiente lacustre rico en peces, tortugas y aves acuáticas locales o anfibias, como gallaretas y patos mexicanos, gansos migrantes, zambullidores y otras especies. Sobre los fértiles suelos aluviales ribereños ya se practicaba la horticultura. Los pobladores del lago también aprovechaban los recursos procedentes de los cercanos bosques de pinos, encinos y abedules, el hábitat de pequeños y grandes mamíferos tales como el venado de cola blanca. Durante el tercer milenio a.C. fue completamente implementada la agricultura de maíz, amaranto, tomate verde, calabaza, chayote y chile. Por entonces, los habitantes de Zohapilco utilizaban herramientas de piedra para molienda más grandes y más estandarizadas (Niederberger 1996: 84).

En 6400 a.C., Zohapilco aporta la evidencia más temprana del posible sedentarismo (precerámico) y la horticultura en Protomesoamérica. Esta última incluye un uso menor de los cereales que se convertirían, posteriormente, en cultivos básicos. En esta fecha temprana, resulta de interés particular la posibilidad de «una marcada estabilidad territorial» en el valle de México basada, fundamentalmente, en recursos disponibles en forma natural (Niederberger 1979: 141). La mayor parte de la información conocida para esta época se refiere a los paleoambientes y a las prácticas de subsistencia más que a la organización social. No es posible saber cuál era la extensión de Zohapilco durante cada ocupación o cómo se relacionaban los pobladores de esta aldea con los de otros asentamientos o campamentos en la misma región. Helmut de Terra (1959) reportó otros dos posibles sitios contemporáneos del Periodo Arcaico Medio cerca de las orillas de varios de los lagos interconectados de la cuenca de México. Un depósito, fechado hacia 5450 a.C., fue recuperado debajo de los niveles del Periodo Formativo en Tlatilco, y se identificó una superficie de ocupación con dos fogones delimitados por piedras, el entierro de un individuo adulto, y cierta variedad de herramientas líticas para cortar y moler en San Vicente Chicoloapan, al norte del lago Texcoco (véase Clark y Cheetham 2002).

El mapa de distribución de la cerámica temprana en Protomesoamérica (Fig. 1) representa la cerámica más antigua en Tlapacoya y en la cuenca de México, como el complejo Nevada, aunque resulta ligeramente anterior a lo propuesto para el complejo Tlalpan de Cuicuilco, en el otro extremo del lago (Tolstoy 1978). La cerámica nevada se relaciona más cercanamente con aquella del altiplano de Oaxaca, hacia el sureste, y hay cierta evidencia de intercambios tempranos entre estas dos regiones de sierra (Marcus y Flannery 1996; Niederberger 2000; véase Weaver 1967; Tolstoy 1978). La fase Nevada de Tlapacoya (1700-1400 a.C.) está escasamente representada, por lo que se carece de detalles acerca de la organización aldeana más allá

de los mismos artefactos. Estos incluyen tiestos, algunos fragmentos de figurillas y herramientas líticas. En la vecina aldea contemporánea de Tlatilco, para la siguiente fase Ayotla (1400-1150 a.C.), los arqueólogos han encontrado numerosos entierros con ofrendas de vasijas cerámicas y figurillas que incluían, de manera ocasional, máscaras y sonajas de cerámica (García Moll *et al.* 1991), las que podrían haberse relacionado con danzas y rituales públicos.

La evidencia más clara de las marcadas diferencias sociales y, posiblemente, del liderazgo hereditario en Tlapacoya se encuentra en las figurillas de la fase cerámica Ayotla, que representan hombres adultos que portan grandes tocados y elaborados atuendos de chamanes y/o jugadores de pelota (Bradley y Joralemon 1993; Niederberger 1996: 90, 2000), algo que indica, tal vez, que el origen de su legitimidad procedía de la participación en tales actividades y rituales públicos (Clark 2004b). Algunos de los elementos representados en el vestuario de las figurillas masculinas, tales como los espejos y joyas de jade, fueron incluidos en los entierros de alto estatus en Tlatilco y Tlapacoya (Niederberger 1996, 2000). Como se ha señalado, la información procedente de otras sociedades contemporáneas de Protomesoamérica sustenta la idea de que tanto el chamanismo como el juego de pelota fueron instituciones tribales legadas a las sociedades mesoamericanas posteriores y constituyeron importantes mecanismos de integración social (Clark y Cheetham 2002). En Tlatilco se recuperaron pequeñas máscaras de cerámica usadas para cubrir la mitad inferior del rostro —también representadas en las figurillas tempranas— y han sido interpretadas como evidencia de sociedades que incorporaban danzas en sus actividades; estas apuntan a rituales públicos u ocasiones especiales de alguna clase y que, con seguridad, se remontan a la época tribal (véase Lesure 1997, 1999). También se han encontrado restos de plataformas elevadas tanto en Tlatilco como en Tlapacoya para la fase Ayotla (Niederberger 1987: 601-602; 1996, 2000), las que constituyen un testimonio que confirma que cada sitio era el centro de una pequeña jefatura. Niederberger (2000) propuso que tales desarrollos eran independientes de otros de Mesoamérica y que fueron estimulados por el control del intercambio a larga distancia de bienes exóticos y de la información correspondiente asociada a este. Lo mismo puede ser afirmado para todos los casos de jefaturas tempranas que se han considerado aquí. Según se tratará en la siguiente sección, el intercambio y la interacción entre sociedades como explicaciones para la evolución de las jefaturas resultan contradictorios en sí mismos.

4. Los orígenes de la desigualdad y la historia de las jefaturas

La discusión precedente acerca de las causas de la evolución política y social temprana favorece los hechos por encima de las especulaciones. Al parecer, los registros de eventos concretos para la transición a las sociedades diferenciadas por rangos y jefaturas en Protomesoamérica resultan aún escasos, por lo que todas las especulaciones relativas a las razones de este cambio evolutivo permanecen en gran medida sin demostración y, seguramente, cambiarán cuando se disponga de mayor información. Con el fin de contar con explicaciones convincentes para esta transición social se requerirá de mucho más trabajo, pero se conoce lo suficiente como para hacer algunos comentarios útiles acerca del proceso general. Se han presentado seis casos de Protomesoamérica como si fueran independientes uno del otro, pero evidentemente no fue así. Al desarrollar una explicación general se deben separar los de carácter prístino de los secundarios que se derivaron del contacto con sociedades más complejas o que se beneficiaron del conocimiento de estas. Al considerarlos por separado, deben distinguirse los procesos ecológicos o análogos de los históricos u homólogos. La mayor parte de los aquí revisados resultan ser más secundarios que primarios. Es más, es casi seguro que las primeras sociedades diferenciadas por rangos y jefaturas en las tierras bajas mayas, la región olmeca y los valles de Oaxaca y México fueron desarrollos secundarios, pero esto no le quita importancia a sus procesos históricos o hace su explicación menos compleja. De los ejemplos considerados, los mokayas de la costa de Chiapas tienen las mayores posibilidades de constituir una situación sui generis del origen de las jefaturas, y el caso de Honduras se muestra, también, como una posibilidad remota. Sin embargo, ello no es del todo convincente puesto que ambos desarrollos pudieron beneficiarse, de manera significativa, de contactos indirectos a larga distancia con jefaturas y/o sociedades estatales de Sudamérica (Clark *et al.* 2008 ms.). El punto metodológico fundamental, en cada circunstancia, debe ser buscado en su ubicación ecológica e histórica para determinar lo que cambió con el transcurso del tiempo y las posibles razones para tales transformaciones.

En los últimos 15 años ha ocurrido una marcada transformación en la teoría y las explicaciones sobre el surgimiento de la complejidad social en Mesoamérica. Los venerables modelos de épocas anteriores eran hipótesis a gran escala que consideraban a las sociedades como sistemas cuyos cambios fundamentales eran causados por alteraciones en variables cruciales. Los modelos actuales se preocupan, específicamente, por las instituciones, los grupos, los individuos, la toma de decisiones, las acciones y sus consecuencias, y constituyen explicaciones históricas, centradas en los actores del cambio. Tales aproximaciones requieren de una visión mucho más fina del registro arqueológico de la que era necesaria en los paradigmas evolutivos o de la ecología cultural (Clark 2000). La preocupación se debe centrar ahora en la historia de la vida de los artefactos, las edificaciones y demás, y en cómo estos se integraron en sistemas regionales y globales (*world systems*). La investigación desarrollada hasta el momento permite rechazar las explicaciones estándar propuestas en las décadas pasadas. La presión demográfica, el cambio tecnológico, la revolución agrícola, el intercambio y la guerra como motores primarios no proporcionan explicaciones convincentes sobre los orígenes de los rangos. Protomesoamérica era un lugar escasamente poblado hacia fines del Periodo Arcaico Tardío y durante los inicios del Periodo Formativo Temprano.

Un elemento evidente en los casos de las jefaturas emergentes que se han analizado aquí es que parecen conformar un conjunto sincrónico y, por ello, históricamente relacionado. Estos posibles vínculos temporales están sustentados en las semejanzas de los artefactos entre los grupos. Por ejemplo, la primera cerámica encontrada en las aldeas más tempranas conocidas en Honduras y en la región olmeca de la costa del Golfo está relacionada con aquella de los mokayas en la costa de Chiapas. Tales afinidades se remontan al tiempo en que estas sociedades, que se relacionaban entre sí, pueden haber estado organizadas como aldeas tribales. Las sociedades diferenciadas por rangos parecen haber surgido en Honduras, Oaxaca y México casi al mismo tiempo (Fig. 2). Dichos grupos contemporáneos compartían rasgos semejantes en las vasijas y figurillas cerámicas que utilizaban debido a que estaban en contacto con los olmecas de San Lorenzo en una época en que se promovían tales elementos. Resulta bastante probable que los contactos a larga distancia entre tales comunidades constituyesen un factor clave en los cambios sociales que ocurrieron en Protomesoamérica alrededor de 1300 a.C. Este podría ser un ejemplo clásico de relaciones asimétricas entre los miembros de una sociedad estatal en San Lorenzo que habría comerciado e interactuado con miembros de sociedades tribales en otras regiones distantes de Mesoamérica con intervención de individuos delegados (*agents*) de sociedades estatales en la colaboración y promoción de los cambios sociales en las comunidades menos complejas (véase Flannery 1968; Clark 1997).

Los estudios futuros deberán prestar mayor atención a la clase de contacto establecido entre las sociedades —más precisamente, las conexiones entre sus miembros—, su ubicación cronológica y su posible impacto. Todos los pobladores del Periodo Formativo Temprano aquí considerados estuvieron involucrados en redes de intercambio e interacción social que se remontan al Periodo Arcaico Tardío; en otras palabras, las innovaciones de una región llegaron a las demás. Los cultígenos, las prácticas agrícolas, la tecnología y la información se difundieron de esta forma. Parte de la información clave compartida se refería a instituciones sociales tales como los rangos hereditarios y el gobierno primitivo. En ese sentido, la interacción sostenida a diversas escalas entre sociedades resulta ser, claramente, una parte fundamental en la explicación acerca de los orígenes y dispersión de las instituciones de integración social. Ambos procesos, de innovación y de adopción de las innovaciones, resultan relevantes por igual para las explicaciones históricas de grupos específicos.

La aparición de las jefaturas y las sociedades diferenciadas por rangos en Protomesoamérica ocurrió en cada región alrededor de dos siglos después del surgimiento del conjunto de las aldeas sedentarias y de la tecnología cerámica. El surgimiento de los rangos sociales no corresponde con ningún cambio evidente en las técnicas agrícolas o en variedades mejoradas de las plantas domesticadas (Clark y Knoll 2005; Clark *et al.* 2008 ms.). De esta manera, las alteraciones en las prácticas de subsistencia o el compromiso de una sociedad con la agricultura no explican el momento de la eclosión de las jerarquías sociales. Más aún, la sustitución de los modos de vida igualitarios por un sistema basado en el privilegio hereditario parece haber sido un asunto aldeano, surgido, tal vez, de la conjunción novedosa de determinadas circunstancias en las aldeas: la residencia concentrada en un espacio confinado, la producción de excedentes de alimentos confiables, la necesidad periódica de reemplazar los excedentes que se hacían caducos para sustituirlos por

otros nuevos y la presencia de individuos emprendedores que sabían cómo dar a los viejos excedentes un uso adecuado mediante el patrocinio de actividades comunales y funciones públicas. Los líderes carismáticos o *aggrandizers* parecen haber sido los beneficiarios principales en la transformación de las tribus aldeanas en jefaturas y sociedades diferenciadas por rangos. Como se ha señalado para la mayoría de los casos, estos líderes transicionales también pueden haber sido chamanes.

Las instituciones que sirvieron a las tribus protomesoamericanas durante más de dos milenios fueron útiles para promover el crecimiento del tamaño de los grupos y la permanencia en un lugar. La revisión de las seis situaciones proporciona un listado mínimo de posibles instituciones igualitarias y sus transformaciones: áreas de baile y danzantes con atavíos, música y músicos, entrega de regalos, Casas de Hombres y sus ritos de iniciación asociados —los que pueden haber incluido ingestión de narcóticos— veneración a los ancestros, clanes, chamanismo, juegos de pelota, festines, bebidas rituales, juegos, apuestas y proyectos de trabajo comunal de diverso carácter. En todos los casos, se piensa que los líderes carismáticos y/o chamanes eran quienes ocupaban las posiciones de liderazgo y los que planeaban y patrocinaban las actividades variadas que unían logística y socialmente a la población. El hecho de cumplir tales funciones en un ambiente aldeano después de generaciones dio lugar al surgimiento de las jefaturas y las sociedades diferenciadas por rangos. No resulta claro cómo o por qué ocurrió esta transición, pero siempre aparece asociada a la agricultura y a la tecnología cerámica, y casi siempre a las figurillas cerámicas.

El autor considera que el sedentarismo, la producción de bienes más duraderos en mayores cantidades, la institución de la propiedad privada o el usufructo de los derechos a la tierra, y la manipulación de las imágenes humanas fueron cruciales en la modificación de las nociones de la identidad personal y grupal, y en los derechos y obligaciones intergeneracionales (Clark 2004b). La evolución de la complejidad social no fue, ni más, ni menos, que la creación de una nueva forma de persona y de ser, y tal vez de una nueva teoría de conexiones intergeneracionales. En los futuros estudios acerca del surgimiento de la complejidad social deberá darse mayor importancia a la evidencia arqueológica de las identidades individuales y grupales, y cómo cambiaron estas con el paso del tiempo. Como se ha advertido en esta revisión, la mejor evidencia del surgimiento de los rangos en las sociedades del Periodo Formativo Temprano procede de los entierros, las figurillas y esculturas, así como de las viviendas reconstruidas a lo largo de varias generaciones. Ello indica que las primeras sociedades diferenciadas por rangos surgieron en la costa de Chiapas hacia 1650 a.C. (Clark 2004a), que el primer Estado evolucionó en San Lorenzo alrededor de 1300 a.C. (Clark 2007), y que ocurrió un desarrollo de Estados regionales a lo largo de toda Mesoamérica cerca de 300 a.C. (Clark 2008 ms.). Las relaciones interregionales entre los líderes resultaron un factor fundamental en todos esos procesos. La historia de la civilización mesoamericana se deriva de las innovaciones que surgieron en una región y se dispersaron a todas las demás, hasta que los pobladores de todas las áreas de esa parte del continente americano llegaron a compartir las mismas prácticas básicas de liderazgo y poder centralizado.

Agradecimientos

Agradezco la traducción del texto realizada por Lynne S. Lowe, y la información proporcionada por Jon Lohse, Rosemary Joyce y Robert Zeitlin.

REFERENCIAS

Arnold, P. J., III

2000 Sociopolitical Complexity and the Gulf Olmecs: A View from the Tuxtla Mountains, Veracruz, México, en: J. E. Clark y M. E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica: Developments in Formative Period Social Complexity*, 117-135, Studies in the History of Art Series, National Gallery of Art, Washington, D.C.

Awe, J. J.

1992 Dawn in the Land between the Rivers: Formative Occupation at Cahal Pech, Belize and its Implications for Preclassic Development in the Maya Lowlands, tesis de doctorado, Institute of Archaeology, University College, London.

Awe, J. J. y P. F. Healy

1994 Flakes to Blades? Middle Formative Development of Obsidian Artifacts in the Upper Belize River Valley, *Latin American Antiquity* 5 (3), 193-205, Washington, D.C.

Blake, M.

1991 An Emerging Early Formative Chiefdom at Paso de la Amada, Chiapas, México, en: W. R. Fowler, Jr. (ed.), *The Formation of Complex Society in Southeastern Mesoamerica*, 27-46, CRC Press, Boca Ratón.

2006 Dating the Initial Spread of *Zea mays*, en: J. E. Staller, R. H. Tykot y B. F. Benz (eds.), *Histories of Maize: Multidisciplinary Approaches to the Prehistory, Linguistics, Biogeography, Domestication, and Evolution of Maize*, 55-72, Elsevier, Amsterdam/Boston.

Blake, M., B. S. Chisholm, J. E. Clark, B. Voorhies y M. W. Love

1992 Prehistoric Subsistence in the Soconusco Region, *Current Anthropology* 33 (1), 83-94, Chicago.

Blake, M., J. E. Clark, B. Chisholm y K. Mudar

1992 Non-Agricultural Staples and Agricultural Supplements: Early Formative Subsistence in the Soconusco Region, México, en: T. D. Price y A. B. Gebauer (eds.), *Transitions to Agriculture in Prehistory*, 133-151, Monographs in World Archaeology 4, Prehistory Press, Madison.

Blake, M., J. E. Clark, B. Voorhies, G. H. Michaels, M. W. Love, M. E. Pye, A. Demarest y B. Arroyo

1995 A Revised Chronology for the Late Archaic and Formative Periods along the Pacific Coast of Southeastern Mesoamerica, *Ancient Mesoamerica* 6 (2), 161-183, Cambridge.

Blake, M., R. G. Lesure, W. D. Hill, L. Barba y J. E. Clark

2006 The Residence of Power at Paso de la Amada, México, en: J. J. Christie y P. J. Sarro (eds.), *Palaces and Power in the Americas: From Perú to the Northwest Coast*, 191-210, University of Texas Press, Austin.

Blake, M. y J. E. Clark

1999 The Emergence of Hereditary Inequality: The Case of Pacific Coastal Chiapas, México, en: M. Blake (ed.), *Pacific Latin America in Prehistory: The Evolution of Archaic and Formative Cultures*, 55-74, Washington University Press, Pullman.

Bradley, D. E. y P. D. Joralemon

1993 *The Lords of Life: The Iconography of Power and Fertility in Preclassic Mesoamerica*, Snite Museum of Art, University of Notre Dame, Notre Dame.

Cheetham, D.

1995 Excavations at Structure B-4, Cahal Pech, Belize: 1994 Operations, en: P. F. Healy y J. J. Awe (eds.), *Belize Valley Preclassic Maya Project: Report on the 1994 Field Season*, 18-44, Occasional Papers in Anthropology 10, Trent University, Peterborough.

1996 Reconstruction of the Formative Period Site Core of Cahal Pech, Belize, en: P. F. Healy y J. J. Awe (eds.), *Belize Valley Preclassic Maya Project: Report on the 1995 Field Season*, 1-33, Occasional Papers in Anthropology 12, Trent University, Peterborough.

1998 Interregional Interaction, Symbol Emulation, and the Emergence of Sociopolitical Inequality in the Central Maya Lowlands, tesis de maestría, Department of Anthropology and Sociology, University of British Columbia, Vancouver.

Cheetham, D., D. W. Forsyth y J. E. Clark

2003 La cerámica Pre-Mamom de la cuenca del río Belice y del centro del Petén: las correspondencias y sus implicaciones, en: J. P. Laporte, B. Arroyo, H. Escobedo y H. Mejía (eds.), *XVI Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2002*, 609-628, Museo Nacional de Arqueología y Etnología/Asociación Tikal, Ciudad de Guatemala.

Chisholm, B. y M. Blake

2006 Diet in Prehistoric Soconusco, en: J. E. Staller, R. H. Tykot y B. F. Benz (eds.), *Histories of Maize: Multidisciplinary Approaches to the Prehistory, Linguistics, Biogeography, Domestication, and Evolution of Maize*, 161-172, Elsevier, Amsterdam/Boston.

Clark, J. E.

1991 The Beginnings of Mesoamerica: Apologia for the Soconusco Early Formative, en: W. R. Fowler, Jr. (ed.), *The Formation of Complex Society in Southeastern Mesoamerica*, 13-26, CRC Press, Boca Ratón.

- 1994a Antecedentes de la cultura olmeca, en: J. E. Clark (ed.), *Los olmecas en Mesoamérica*, 31-41, El Equilibrista/Turner Libros, México, D.F./Madrid.
- 1994b The Development of Early Formative Rank Societies in the Soconusco, Chiapas, México, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Michigan, Ann Arbor.
- 1997 The Arts of Government in Early Mesoamerica, *Annual Review of Anthropology* 26, 211-234, New Haven.
- 2000 Towards a Better Explanation of Hereditary Inequality: A Critical Assessment of Natural and Historic Human Agents, en: M.-A. Dobres y J. Robb (eds.), *Agency in Archaeology*, 92-112, Routledge, London.
- 2004a Mesoamerica Goes Public: Early Ceremonial Centers, Leaders, and Communities, en: J. A. Hendon y R. A. Joyce (eds.), *Mesoamerican Archaeology: Theory and Practice*, 43-72, Blackwell, Oxford.
- 2004b The Birth of Mesoamerican Metaphysics: Sedentism, Engagement, and Moral Superiority, en: E. DeMarrais, C. Gosden y A. C. Renfrew (eds.), *Rethinking Materiality: The Engagement of Mind with the Material World*, 205-224, McDonald Institute Monographs, McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge, Cambridge.
- 2007 Mesoamerica's First State, en: V. L. Scarborough y J. E. Clark (eds.), *The Political Economy of Ancient Mesoamerica: Transformations during the Formative and Classic Periods*, 11-46, University of New México Press, Albuquerque.
- 2008 ms. El origen del Estado en México: Papers in Honor of Phil Weigand, manuscrito en poder del autor.
- Clark, J. E., J. Gibson y J. Zeidler**
- 2008 First Towns in the Americas: Searching for Agriculture and other Enabling Conditions, manuscrito en poder de los autores.
- Clark, J. E., M. E. Pye y D. Gosser**
- 2007 Thermolithics and Corn Dependency in Mesoamerica, en: L. S. Lowe y M. E. Pye (eds.), *Archaeology, Art, and Ethnogenesis in Mesoamerican Prehistory: Papers in Honor of Gareth W. Lowe*, 23-42, Papers of the New World Archaeological Foundation 68, Brigham Young University, Provo.
- Clark, J. E. y D. Cheetham**
- 2002 Mesoamerica's Tribal Foundations, en: W. A. Parkinson (ed.), *The Archaeology of Tribal Societies*, 278-339, International Monographs in Prehistory, Archaeological Series 15, Ann Arbor.
- Clark, J. E. y D. Gosser**
- 1995 Reinventing Mesoamerica's First Pottery, en: W. K. Barnett y J. W. Hoopes (eds.), *The Emergence of Pottery: Technology and Innovation in Ancient Societies*, 209-221, Smithsonian Series in Archaeological Inquiry, Smithsonian Institution Press, Washington, D.C.
- Clark, J. E. y M. Blake**
- 1994 The Power of Prestige: Competitive Generosity and the Emergence of Rank Societies in Lowland Mesoamerica, en: E. M. Brumfiel y J. W. Fox (eds.), *Factional Competition and Political Development in the New World*, 17-30, New Directions in Archaeology, Cambridge University Press, Cambridge.
- 2005 Cerámica del Formativo de Chiapas en: B. L. Merino Carrión y Á. García Cook (coords.), *La producción alfarera en el México antiguo*, vol. I, 285-433, Colección Científica 484, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.
- Clark, J. E. y M. E. Pye**
- 2000 The Pacific Coast and the Olmec Problem, en: J. E. Clark y M. E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica: Developments in Formative Period Social Complexity*, 217-251, Studies in the History of Art Series 58, National Gallery of Art, Washington, D.C.
- Clark, J. E. y M. Knoll**
- 2005 The American Formative Revisited, en: N. M. White (ed.), *Gulf Coast Archaeology: The Southeastern United States and México*, 281-303, University Press of Florida, Gainesville.
- Clark, J. E. y T. Pérez Suárez**
- 1994 Los olmecas y el primer milenio de Mesoamérica, en: J. E. Clark (ed.), *Los olmecas en Mesoamérica*, 261-275, El Equilibrista/Turner Libros, México, D.F./Madrid.

Cobean, R. H., M. D. Coe, E. A. Perry, Jr., K. K. Turekian y D. P. Kharkar

1971 Obsidian Trade at San Lorenzo Tenochtitlán, México, *Science* 174 (4010), 666-671, Washington, D.C.

Coe, M. D.

1968 *America's First Civilization: Discovering the Olmec*, American Heritage/Smithsonian Institution, New York.

1970 The Archaeological Sequence at San Lorenzo Tenochtitlán, Veracruz, México, *Contributions of the University of California Archaeological Research Facility* 8, 21-34, Berkeley.

1981a Gift of the River: Ecology of the San Lorenzo Olmec, en: E. P. Benson (ed.), *The Olmec and their Neighbors: Essays in Memory of Matthew W. Stirling*, 15-19, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

1981b San Lorenzo Tenochtitlán, en: J. A. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians. Vol. 1, Archaeology*, 117-146, University of Texas Press, Austin.

Coe, M. D. y R. A. Diehl

1980 *In the Land of the Olmec*, 2 vols., University of Texas Press, Austin.

Coe, M. D. y R. Koontz

2002 *México: From the Olmecs to the Aztecs*, 5.^a ed., Thames and Hudson, London/New York.

Covarrubias, M.

1943 Tlatilco, Archaic Mexican Art and Culture, *Dyn: The Review of Modern Art* 4-5, 40-46, México, D.F.

1950 Tlatilco: el arte y la cultura preclásica del valle de México, *Cuadernos Americanos* 51 (3), 149-162, México, D.F.

1961 *Arte indígena de México y Centroamérica* [traducción de S. Arguedas], Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.

Cyphers, A.

1994 San Lorenzo Tenochtitlán, en: J. E. Clark (ed.), *Los olmecas en Mesoamérica*, 43-67, El Equilibrista/Turner Libros, México, D.F./Madrid.

1996 Reconstructing Olmec Life at San Lorenzo, en: E. P. Benson y B. de la Fuente (eds.), *Olmec Art of Ancient México*, 61-71, National Gallery of Art, Washington, D.C.

1997 Of Earth and Stone: Olmec Architecture at San Lorenzo, en: B. L. Stark y P. J. Arnold III (eds.), *Olmec to Aztec: Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*, 96-114, The University of Arizona Press, Tucson.

1999 From Stone to Symbols: Olmec Art in Social Context at San Lorenzo Tenochtitlán, en: D. C. Grove y R. A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classical Mesoamerica: A Symposium at Dumbarton Oaks, 9th and 10th October 1993*, 155-181, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

2004 *Escultura olmeca de San Lorenzo Tenochtitlán*, Coordinación de Humanidades, Programa Editorial, Instituto de Investigaciones Antropológicas, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.

Cyphers, A., A. Hernández-Portilla, M. Varela-Gómez y L. Grégor-López

2006 Cosmological and Sociopolitical Synergy in Preclassic Architecture, en: L. J. Lucero y B. W. Fash (eds.), *Pre-Columbian Water Management: Ideology, Ritual, and Power*, 17-32, The University of Arizona Press, Tucson.

De Terra, H.

1959 A Successor of Tepexpan Man in the Valley of México, *Science* 129 (3348), 563-564, Washington, D.C.

Diehl, R. A.

2004 *The Olmecs, America's First Civilization*, Ancient Peoples and Places Series, Thames and Hudson, London.

Fash, W. L.

1985 La secuencia de ocupación del Grupo 9N-8. Las sepulturas, Copán y sus implicaciones teóricas, *Yaxkín* 8 (1-2), 135-150, Tegucigalpa.

1991 *Scribes, Warriors and Kings: The City of Copán and the Ancient Maya*, Thames and Hudson, London/New York.

Flannery, K. V.

- 1968 The Olmec and the Valley of Oaxaca: A Model for Inter-regional Interaction in Formative Times, en: E. P. Benson (ed.), *Dumbarton Oaks Conference on the Olmec*, 79-117, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- 2001 Gheo-Shih (Oaxaca, México), en: S. T. Evans y D. L. Webster (eds.), *Archaeology of Ancient México and Central America: An Encyclopedia*, 299, Garland, New York/London.

Flannery, K. V., J. Marcus y S. A. Kowalewski

- 1981 The Preceramic and Formative of the Valley of Oaxaca, en: J. A. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians. Vol. 1, Archaeology*, 48-93, University of Texas Press, Austin.

Flannery, K. V. y J. Marcus

- 1976 Formative Oaxaca and the Zapotec Cosmos, *American Scientist* 64 (4), 374-383, New Haven.
- 1994 *Early Formative Pottery of the Valley of Oaxaca, México*, *Memoirs of the Museum of Anthropology* 27, University of Michigan, University of Michigan Press, Ann Arbor.
- 2005 *Excavations at San José Mogote: The Household Archaeology*, *Memoirs of the Museum of Anthropology* 40, University of Michigan, University of Michigan Press, Ann Arbor.

Garber, J. F., M. K. Brown, W. D. Driver, D. M. Glassman, C. J. Hartman, F. Kent Reilly III y L. A. Sullivan

- 2004 Archaeological Investigations at Blackman Eddy, en: J. F. Garber (ed.), *The Ancient Maya of the Belize Valley: Half a Century of Archaeological Research*, 48-69, University Press of Florida, Gainesville.

García Moll, R., D. Juárez, C. Pijoan, M. E. Salas y M. Salas

- 1991 *Catálogo de entierros de San Luis Tlatilco, México: temporada IV*, Serie Antropología Física-Arqueología, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.

Gibson, E. C.

- 1991 A Preliminary Functional and Contextual Study of Constricted Adzes from Northern Belize, en: T. R. Hester y H. J. Shafer (eds.), *Maya Stone Tools: Selected Papers from the Second Maya Lithic Conference*, 229-237, Prehistory Press, Madison.

Gillespie, S. D.

- 1993 Power, Pathways, and Appropriations in Mesoamerican Art, en: D. S. Whitten y N. E. Whitten, Jr. (eds.), *Imagery and Creativity: Ethnoaesthetics and Art Worlds in the Americas*, 67-107, The University of Arizona Press, Tucson.
- 1999 Olmec Thrones as Ancestral Altars: The Two Sides of Power, en: J. E. Robb (ed.), *Material Symbols: Culture and Economy in Prehistory*, 244-253, Occasional Paper 26, Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University, Carbondale.

Goman, M.

- 1992 Paleocological Evidence for Prehistoric Agriculture and Tropical Forest Clearance in the Sierra de los Tuxtlas, Veracruz, México, tesis de maestría, Department of Geography, University of California, Berkeley.

Grove, D. C.

- 1973 Olmec Altars and Myths, *Archaeology* 26 (2), 128-135, Cambridge.
- 1981 The Formative Period and the Evolution of Complex, en: J. A. Sabloff (ed.), *Supplement to the Handbook of Middle American Indians. Vol. 1, Archaeology*, 373-391, University of Texas Press, Austin.
- 1997 Olmec Archaeology: A Half Century of Research and Its Accomplishments, *Journal of World Prehistory* 11 (1), 51-101, New York.
- 2000a La zona del Altiplano Central en el Preclásico, en: L. Manzanilla y L. López Luján (eds.) *Historia antigua de México. Vol. 1, El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*, 511-540, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Porrúa, México, D.F.
- 2000b The Preclassic Societies of the Central Highlands of Mesoamerica, en: R. E. W. Adams y M. J. MacLeod (eds.), *The Cambridge History of the Native Peoples of the Americas. Vol. II, Mesoamerica. Part I*, 122-155, Cambridge University Press, Cambridge.

- 2001 Formative (Pre-Classic) Period (2000 BCE-250 CE), en: D. Carrasco (ed.), *The Oxford Encyclopedia of Mesoamerican Cultures: The Civilizations of México and Central America*, vol. 1, 236-243, Oxford University Press, Oxford.

Henderson, J. S.

- 2001 Puerto Escondido (Cortés, Honduras), en: S. T. Evans y D. L. Webster (eds.), *The Archaeology of Ancient México and Central America: An Encyclopedia*, 617, Garland, New York/London.

Henderson, J. S., R. A. Joyce, G. R. Hall, W. J. Hurst y P. E. McGovern

- 2007 Chemical and Archaeological Evidence for the Earliest Cacao Beverages, *Proceedings of the National Academy of Sciences* 104 (48), 18.937-18.940, Washington, D.C.

Henderson, J. S. y R. A. Joyce

- 1998 Investigaciones arqueológicas en Puerto Escondido: definición del Formativo Temprano en el valle inferior del río Ulúa, *Yaxkin* 17 (1), 5-35, Tegucigalpa.
- 2004 Puerto Escondido: exploraciones preliminares del Formativo Temprano, *Memoria del VII Seminario de Antropología de Honduras «Dr. George Hasemann»*, 93-113, Instituto Hondureño de Antropología e Historia, Tegucigalpa.
- 2006 Brewing Distinction: The Development of Cacao Beverages in Formative Mesoamerica, en: C. L. McNeil (ed.), *Chocolate in Mesoamerica: A Cultural History of Cacao*, 140-153, University Press of Florida, Gainesville.

Hester, T. R., H. B. Iceland, D. B. Hudler y H. J. Shafer

- 1996 The Colha Preceramic Project: Preliminary Results from the 1993-1995 Field Seasons, *Mexicon* 18, 45-50, Berlin.

Hill, W. D.

- 1999 Ball Courts, Competitive Games and the Emergence of Complex Society, tesis de doctorado, Department of Anthropology and Sociology, University of British Columbia, Vancouver.

Hill, W. D., M. Blake y J. E. Clark

- 1998 Ball Court Design Dates Back 3400 Years, *Nature* 392, 878-879, Washington, D.C.

Hill, W. D. y J. E. Clark

- 2001 Sports, Gambling, and Government: America's First Social Compact?, *American Anthropologist* 103 (2), 331-345, Washington, D.C.

Hudler, D. B. y J. Lohse

- 1994 Replication and Microscopy: Determining the Function of Unifacial Chert Tools from Belize, manuscrito inédito en archivos del Texas Archaeological Research Laboratory, Austin.

Iceland, H. B.

- 1997 The Preceramic Origins of the Maya: The Results of the Colha Preceramic Project in Northern Belize, tesis de doctorado, Department of Anthropology, University of Texas, Austin.

Iceland, H. B., T. R. Hester, H. J. Shafer y D. Hudler

- 1995 The Colha Preceramic Project: A Status Report, *Newsletter of the Texas Archaeological Research Laboratory* 3 (2), 11-15, Austin.

Jones, J. G. y B. Voorhies

- 2004 Human and Plant Interactions, en: B. Voorhies (ed.), *Coastal Collectors in the Holocene: The Chantuto People of Southwest México*, 300-343, University Press of Florida, Gainesville.

Joyce, R.

- 1992 Innovation, Communication and the Archaeological Record: A Reassessment of Middle Formative Honduras, *Journal of the Steward Anthropological Society* 20 (1-2), 235-256, Urbana.
- 1996 Social Dynamics of Exchange: Changing Patterns in the Honduran Archaeological Record, en: C. H. Langebaek y F. Cárdenas-Arroyo (eds.), *Chieftains, Power and Trade: Regional Interaction in the Intermediate Area of the Americas*, 31-46, Departamento de Antropología, Universidad de los Andes, Bogotá.
- 1999 Social Dimensions of Pre-Classic Burials, en: D. C. Grove y R. A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamerica: A Symposium at Dumbarton Oaks, 9th and 10th October 1993*, 15-47, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

- 2003 Making Something of Herself: Embodiment in Life and Death at Playa de los Muertos, Honduras, *Cambridge Archaeological Journal* 13 (2), 248-261, Cambridge.
- 2007 Figurines, Meaning, and Meaning-Making in Early Mesoamerica, en: A. C. Renfrew y I. Morley (eds.), *Image and Imagination: A Global Prehistory of Figurative Representation*, 101-110, McDonald Institute Monographs, McDonald Institute for Archaeological Research, University of Cambridge, Cambridge.
- s.f. a Building Houses: The Materialization of Lasting Identity in Formative Mesoamerica, para publicarse en: R. Beck (ed.), *The Durable House: House Society Models in Archaeology*, 53-72, Occasional Paper 35, Center for Archaeological Investigations, Southern Illinois University, Carbondale.
- s.f. b When the Flesh is Solid but the Person is Hollow Inside: Formal Variation in Hand-Modeled Figurines from Formative Mesoamerica, para publicarse en: J. Robb y D. Boric (eds.), *Past Bodies*, Berghahn Press.

Joyce, R. y J. S. Henderson

- 2001 Beginnings of Village Life in Eastern Mesoamerica, *Latin American Antiquity* 12 (1), 5-23, Washington, D.C.
- 2002 La arqueología del Periodo Formativo en Honduras: nuevos datos sobre el «estilo Olmeca» en la zona maya, *Mayab* 15, 5-17, Madrid.
- 2003 Investigaciones recientes de la arqueología del Periodo Formativo en Honduras: nuevos datos sobre el intercambio y producción de cerámica pan-mesoamericana (o «estilo Olmeca»), en: J. P. Laporte, B. Arroyo, H. Escobedo y H. Mejía (eds.), *XVI Simposio de Investigaciones Arqueológicas en Guatemala, 2002*, 806-819, Museo Nacional de Arqueología y Etnología/Asociación Tikal, Ciudad de Guatemala.
- 2007 From Feasting to Cuisine: Implications of Archaeological Research in an Early Honduran Village, *American Anthropologist* 109 (4), 642-653, New York.

Kelly, T. C.

- 1993 Preceramic Projectile-Point Typology in Belize, *Ancient Mesoamerica* 4 (2), 205-227, Cambridge.

Kennett, D. J., B. Voorhies y D. Martorana

- 2006 An Ecological Model for the Origins of Maize-Based Food Production on the Pacific Coast of Southern México, en: D. J. Kennett y B. Winterhalder (eds.), *Behavioral Ecology and the Transition to Agriculture*, 102-136, University of California Press, Berkeley.

Kennett, D. J. y B. Voorhies

- 1995 Middle Holocene Periodicities in Rainfall Inferred from Oxygen and Carbon Isotopic Fluctuations in Prehistoric Tropical Estuarine Mollusc Shells, *Archaeometry* 37 (1), 157-170, Oxford.
- 1996 Oxygen Isotopic Analysis of Archaeological Shells to Detect Seasonal Use of Wetlands on the Southern Pacific Coast of México, *Journal of Archaeological Science* 23 (4), 689-704, New York.

Lesure, R. G.

- 1997 Figurines and Social Identities in Early Sedentary Societies of Coastal Chiapas, México, 1550-800 BC, en: C. Claassen y R. A. Joyce (eds.), *Women in Prehistory: North America and Mesoamérica*, 225-248, University of Pennsylvania Press, Philadelphia.
- 1999 Figurines as Representations and Products at Paso de la Amada, México, *Cambridge Archaeological Journal* 9 (82), 209-220, Cambridge.
- 2000 Animal Imagery, Cultural Unities, and Ideologies of Inequality in Early Formative Mesoamerica, en: J. E. Clark y M. E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica: Developments in Formative Period Social Complexity*, 193-215, Studies in the History of Art 58, National Gallery of Art, Washington, D.C.
- 2004 Shared Art Styles and Long-Distance Contact in Early Mesoamerica, en: J. A. Hendon y R. A. Joyce (eds.), *Mesoamerican Archaeology: Theory and Practice*, 73-96, Blackwell, Oxford.

Lesure, R. G. y M. Blake

- 2002 Interpretive Challenges in the Study of Early Complexity: Economy, Ritual, and Architecture at Paso de la Amada, México, *Journal of Anthropological Archaeology* 21 (1), 1-24, New York.

Lohse, J. C., J. Awe, C. Griffith, R. M. Rosenswig y F. Valdez, Jr.

2006 Preceramic Occupations in Belize: Updating the Paleoindian and Archaic Record, *Latin American Antiquity* 17 (2), 209-226, Washington, D.C.

Love, M. W.

2007 Recent Research in the Southern Highlands and Pacific Coast of Mesoamerica, *Journal of Archaeological Research* 15 (4), 275-328, New York.

MacNeish, R. S.

1964 Ancient Mesoamerican Civilization, *Science* 143 (3606), 531-537, Washington, D.C.

1972 The Evolution of Community Patterns in the Tehuacán Valley of México and Speculations about the Cultural Processes, en: P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbleby (eds.), *Man, Settlement, and Urbanism*, 67-93, Duckworth, London.

1986 The Preceramic of Middle America, en: F. Wendorf y A. E. Close (eds.), *Advances in World Archaeology*, 93-129, Academic Press, Orlando.

2001 Archaic Period (c. 8000-2000 BC), en: S. T. Evans y D. L. Webster (eds.), *Archaeology of Ancient México and Central America: An Encyclopedia*, 30-33, Garland, New York/London.

Marcus, J.

1999 Men's and Women's Ritual in Formative Oaxaca, en: D. G. Grove y R. A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classical Mesoamerica: A Symposium at Dumbarton Oaks, 9th and 10th October 1993*, 67-96, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.

Marcus, J. y K. V. Flannery

1996 *Zapotec Civilization: How Urban Society Evolved in México's Oaxaca Valley*, Thames and Hudson, New York/London.

McAnany, P. A.

1995 *Living with the Ancestors: Kinship and Kingship in Ancient Maya Society*, University of Texas Press, Austin.

Mirambell, L.

1978 Tlapacoya, a Late Pleistocene Site in Central México, en: A. L. Bryan (ed.), *Early Man in America from a Circum-Pacific Perspective*, 221-230, Occasional Papers 1, Department of Anthropology, University of Alberta, Edmonton.

2000 Los primeros pobladores del actual territorio mexicano, en: L. Manzanilla y L. López Luján (eds.), *Historia antigua de México. Vol. 1, El México antiguo, sus áreas culturales, los orígenes y el horizonte Preclásico*, 223-254, Instituto Nacional de Antropología e Historia, Universidad Nacional Autónoma de México, Porrúa, México, D.F.

Nebot García, E.

2004 *Tlatilco: los herederos de la cultura Tenocelome*, BAR International Series 1280, Oxford.

Neff, H., D. M. Pearsall, J. G. Jones, B. Arroyo, S. K. Collins y D. E. Freidel

2006 Early Maya Adaptive Patterns: Mid-Late Holocene Paleoenvironmental Evidence from Pacific Guatemala, *Latin American Antiquity* 17 (3), 287-315, Washington, D.C.

Nelson, F. W. y B. Voorhies

1980 Trace Element Analysis of Obsidian Artifacts from Three Shell Midden Sites in the Littoral Zone, Chiapas, México, *American Antiquity* 45 (3), 540-550, Salt Lake City.

Niederberger, C.

1976 *Zohapilco: cinco milenios de ocupación humana en un sitio lacustre de la cuenca de México*, Colección Científica 30, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.

1979 Early Sedentary Economy in the Basin of México, *Science* 203 (4376), 131-142, Washington, D.C.

1987 *Paléopaysages et Archéologie pré-urbaine du bassin de Mexico*, 2 vols., Centre d'Études Mexicaines et Centraméricaines, México, D.F.

1996 The Basin of México: A Multimillennial Development Toward Cultural Complexity, en: E. P. Benson y B. de la Fuente (eds.), *Olmec Art of Ancient México*, 83-93, National Gallery of Art, Washington, D.C.

- 2000 Ranked Societies, Iconographic Complexity, and Economic Wealth in the Basin of México toward 1200 BC, en: J. E. Clark y M. E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica: Developments in Formative Period Social Complexity*, 169-191, Studies in the History of Art Series 58, National Gallery of Art, Washington, D.C.

Ochoa, P.

- 1982 *Secuencia cronológica de Tlatilco, estado de México, temporada IV*, Biblioteca Enciclopédica del Estado de México 115, México, D.F.
- 1989 Las formaciones troncocónicas en Tlatilco, en: M. Carmona (ed.), *El preclásico o Formativo. Avances y perspectivas, Seminario de Arqueología «Dr. Román Piña Chan»*, 249-261, Museo Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.
- 2003 *Tlatilco: el lugar donde hay cosas ocultas*, Centro Cultural Vito Alessio Robles, Saltillo.

Ortiz, P. y M. del C. Rodríguez

- 1994 Los espacios sagrados olmecas: El Manatí, un caso especial, en: J. E. Clark (ed.), *Los olmecas en Mesoamérica*, 69-91, El Equilibrista/Turner Libros, México, D.F./Madrid.
- 1999 Olmec Ritual Behavior at El Manatí: A Sacred Place, en: D. C. Grove y R. A. Joyce (eds.), *Social Patterns in Pre-Classic Mesoamérica: A Symposium at Dumbarton Oaks, 9th and 10th October 1993*, 225-254, Dumbarton Oaks Research Library and Collection, Washington, D.C.
- 2000 The Sacred Hill of El Manatí: A Preliminary Discussion of the Site's Ritual Paraphernalia, en: J. E. Clark y M. E. Pye (eds.), *Olmec Art and Archaeology in Mesoamerica: Developments in Formative Period Social Complexity*, 75-93, Studies in the History of Art Series 58, National Gallery of Art, Washington, D.C.

Piña Chan, R.

- 1952 Tlatilco y la cultura preclásica del valle de México, *Anales del Instituto Nacional de Antropología e Historia* 4, 33-44, México, D.F.
- 1953 Una figurilla de Tlatilco, *Yan* 2, 148-149, México, D.F.
- 1955 *Las culturas preclásicas de la cuenca de México*, Fondo de Cultura Económica, México, D.F.
- 1958 *Tlatilco*, Serie Investigaciones, N.ºs 1 y 2, Instituto Nacional de Antropología e Historia, México, D.F.

Piña Chan, R. y L. Covarrubias

- 1964 *El Pueblo del Jaguar (Los olmecas arqueológicos)*, Consejo para la Planeación e Instalación del Museo Nacional de Antropología, México, D.F.

Piperno, D. R. y D. M. Pearsall

- 1998 *The Origins of Agriculture in the Lowland Neotropics*, Academic Press, San Diego.

Pohl, M. D., K. O. Pope, J. G. Jones, J. S. Jacob, D. R. Piperno, S. D. deFrance, D. L. Lentz, J. A. Gifford, M. E. Danforth y J. K. Josserand

- 1996 Early Agriculture in the Maya Lowlands, *Latin American Antiquity* 7 (4), 355-372, Washington, D.C.

Porter, M. N.

- 1953 *Tlatilco and the Pre-Classic Cultures of the New World*, Viking Fund Publications in Anthropology 19, Wenner-Gren Foundation, New York.

Powis, T. G., W. J. Hurst, M. del C. Rodríguez, M. Blake, D. Cheetham, M. D. Coe y J. G. Hodgson

- s.f. The Origins of Chocolate Drinking in the New World, manuscrito en poder de los autores.

Ricketson, O. G. y E. B. Ricketson

- 1937 *Uaxactun, Guatemala, Group E-1926-1931*, Carnegie Institution of Washington Publication 477, Carnegie Institution, Washington, D.C.

Romano, A.

- 1962 Exploraciones en Tlatilco, *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, Época I, 10, 1-3, México, D.F.
- 1963 Exploraciones en Tlatilco, México, *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, Época I, 14, 11-13, México, D.F.

- 1965 Tlatilco, *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, Época I, 21, 28-42, México, D.F.
- 1967 Tlatilco, *Boletín del Instituto Nacional de Antropología e Historia*, Época I, 30, 38-42, México, D.F.
- 1972 Sistema de enterramientos en Tlatilco, en: *Religión en Mesoamérica (II Mesa Redonda de la Sociedad Mexicana de Antropología)*, 365-368, México, D.F.

Rosenswig, R. M.

- 2001 Preceramic Evidence from Northern Belize and Caye Coco, en: R. M. Rosenswig y M. Masson (eds.), *Belize Postclassic Project 2000: Investigations at Caye Coco and the Shore Settlements of Progreso Lagoon*, 87-95, Occasional Publication 6, Institute of Mesoamerican Studies, The University of Albany/The State University of New York, Albany.
- 2002 Excavation of Preceramic Components at Caye Coco and the Fred Smith Site, en: R. M. Rosenswig y M. A. Masson (eds.), *Belize Postclassic Project 2001: Investigations and Analysis at Progreso Lagoon*, 5-19, Occasional Publication 7, Institute of Mesoamerican Studies, The University of Albany/The State University of New York, Albany.
- 2004 New Archaeological Excavation Data from the Late Archaic Occupation of Northern Belize, *Research Reports in Belizean Archaeology* 1, 267-277, Belize.
- 2006a Northern Belize and the Soconusco: A Comparison of the Late Archaic to Formative Transition, *Research Reports in Belizean Archaeology* 3, 59-71, Belize.
- 2006b Sedentism and Food Production in Early Complex Societies in the Soconusco, México, *World Archaeology* 38 (2), 329-354, London.

Rosenswig, R. M. y M. A. Masson

- 2001 Seven New Preceramic Sites Documented in Northern Belize, *Mexicon* 23, 138-140, Berlin.

Rue, D. J.

- 1989 Archaic Middle American Agriculture and Settlement: Recent Pollen Data from Honduras, *Journal of Field Archaeology* 16 (2), 177-184, Boston.

Sanders, W. T., J. R. Parsons y R. S. Santley

- 1979 *The Basin of México: Ecological Processes in the Evolution of a Civilization*, Academic Press, New York.

Sanders, W. T. y B. J. Price

- 1968 *Mesoamerica: The Evolution of a Civilization*, Random House, New York.

Smalley, J. y M. Blake

- 2003 Sweet Beginnings: Stalk Sugar and the Domestication of Maize, *Current Anthropology* 44 (5), 675-703, Chicago.

Stark, B. L. y P. J. Arnold III

- 1997 Introduction to the Archaeology of the Gulf Lowlands, en: B. L. Stark y P. J. Arnold III (eds.), *Olmec to Aztec: Settlement Patterns in the Ancient Gulf Lowlands*, 3-39, The University of Arizona Press, Tucson.

Symonds, S., A. Cyphers y R. Lunagómez

- 2002 *Asentamiento prehispánico en San Lorenzo Tenochtitlán*, Universidad Nacional Autónoma de México, México, D.F.

Taube, K. A.

- 1992 Uses of Sport: Review of the Mesoamerica Ballgame, *Science* 256 (5059), 1064-1065, Washington, D.C.

Tolstoy, P.

- 1978 Western Mesoamerica before AD 900, en: R. E. Taylor y C. W. Meighan (eds.), *Chronologies in New World Archaeology*, 241-284, Academic Press, New York.
- 1989 Coapexco and Tlatilco: Sites with Olmec Materials in the Basin of México, en: R. J. Sharer y D. C. Grove (eds.), *Regional Perspectives on the Olmec*, 85-121, Cambridge University Press, Cambridge.
- 2001 Tlatilco (México, Mexico), en: S. T. Evans y D. L. Webster (eds.), *Archaeology of Ancient México and Central America: An Encyclopedia*, 758-759, Garland, New York/London.

Tolstoy, P., S. K. Fish, M. W. Boksenbaum, K. B. Vaughn y C. Earle Smith

1977 Early Sedentary Communities of the Basin of México, *Journal of Field Archaeology* 4 (1), 91-106, Boston.

Tolstoy, P. y A. Guénette

1965 Le placement de Tlatilco dans le cadre du Pré-classique du Bassin de México, *Journal de la Société des Américanistes* 54 (1), 47-91, Paris.

Tolstoy, P. y L. I. Paradis

1970 Early and Middle Preclassic Culture in the Basin of México, *Science* 167 (3917), 344-351, Washington, D.C.

Tolstoy, P. y S. K. Fish

1975 Surface and Subsurface Evidence for Community Size at Coapexco, México, *Journal of Field Archaeology* 2, 97-104, Boston.

Viel, R.

1993a Copán Valley, en: J. S. Henderson y M. Beaudry-Corbett (eds.), *Pottery of Prehistoric Honduras: Regional Classification and Analysis*, 12-19, Monograph 35, Institute of Archaeology, University of California, Los Angeles.

1993b *Evolución de la cerámica de Copán, Honduras*, Instituto Hondureño de Antropología e Historia/Centro de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Tegucigalpa/México, D.F.

Voorhies, B.

1976 *The Chantuto People: An Archaic Period Society of the Chiapas Littoral, México*, Papers of the New World Archaeological Foundation 41, Provo.

1996 The Transformation from Foraging to Farming in Lowland Mesoamérica, en: S. L. Fedick (ed.), *The Managed Mosaic: Ancient Maya Agriculture and Resource Use*, 17-29, University of Utah Press, Salt Lake City.

2004 *Coastal Collectors in the Holocene: The Chantuto People of the Southwest México*, The University Press of Florida, Gainesville.

Voorhies, B., D. J. Kennett, J. G. Jones y T. A. Wake

2002 A Middle Archaic Archaeological Site on the West Coast of México, *Latin American Antiquity* 13 (2), 179-200, Washington, D.C.

Voorhies, B., G. H. Michaels y G. M. Riser

1991 Ancient Shrimp Fishery in South Coastal México, *National Geographic Research and Exploration* 7 (1), 20-35, Washington, D.C.

Voorhies, B. y S. E. Metcalfe

2007 Culture and Climate in Mesoamerica during the Middle Holocene, en: D. G. Anderson, K. A. Maasch y D. H. Sandweiss (eds.), *Climate Change and Cultural Dynamics: A Global Perspective on Mid-Holocene Transitions*, 157-187, Academic Press, San Diego.

Voorhies, B. y W. A. Gose

2007 Stone Boiling at a Middle Archaic Period Site of Southwest Coastal México, en: L. S. Lowe y M. E. Pye (eds.), *Archaeology, Art, and Ethnogenesis in Mesoamerican Prehistory: Papers in Honor of Gareth W. Lowe*, 43-61, Papers of the New World Archaeological Foundation 68, Brigham Young University, Provo.

Weaver, M. P.

1967 *Tlapacoya Pottery in the Museum Collection*, Indian Notes and Monographs, Miscellaneous Series 56, Museum of the American Indian, Heye Foundation, New York.

Zeitlin, R. N.

1984 A Summary Report on Three Seasons of Field Investigations into the Archaic Period Prehistory of Lowland Belize, *American Anthropologist* 86 (2), 358-369, Washington, D.C.